

# *Mi Hermano Koldo*



Biografía y Evocaciones



JUAN M. URDANGARIN ABALABIDE

# MI HERMANO KOLDO

Biografía y Evocaciones



Santiago de Chile  
2007

© Es Propiedad  
Derechos Reservados

Impreso en Chile / Printed in Chile  
por Arancibia Hnos. y Cía. Ltda.  
E-mail:arancibiahnos@entelchile.net  
Santiago, Chile  
Abril de 2007

*No hay cosa más honrosa ni alegre en la vida,  
que dejar memoria de nuestros dichos y hechos,  
en los que deseáis que os recuerden.*

JENOFONTE



## AGRADECIMIENTOS

*A Ritxi Lizartza Urrestarazu por corregir y actualizar mi euskera de la niñez de Oiartzun y Hernani.*

*A Eusko Ikaskuntza, la Sociedad de Estudios Vascos por la posibilidad de utilizar sus actuales medios electrónicos para contar la historia de esta familia vasca desde los últimos rincones de la América Andina.*

*A Pedro Oyanguren C. por su cooperación en la programación del libro.*



# Índice

|                                       |    |
|---------------------------------------|----|
| Biografía                             | 9  |
| Evocaciones                           | 33 |
| Las cavernas en el alma de los vascos | 37 |
| Nuestra niñez en Oiartzun             | 45 |
| Navidad en Oiartzun                   | 51 |
| Memorias de la guerra civil           | 55 |
| Personajes pintorescos de Oiartzun    | 59 |
| Adolescencia y juventud en Hernani    | 63 |
| El ciego de Legarralde                | 71 |
| El desierto y sus espejismos          | 75 |
| Nuestras vidas en Santiago de Chile   | 87 |
| Continente Antártico                  | 89 |
| Semana Vasca en Necochea              | 95 |
| El último viaje al Txoko              | 99 |





## Biografía

A los sones de la solemne melodía vasca “Agur Jaunak”, envuelto todo el ambiente con las varoniles y sentidas voces del Coro de Euzko Etxea de Santiago de Chile, rodeado por sus dos hermanos, hijos, primos, familiares y amigos y en su féretro cubierto con la “Ikurriña”, sacamos lentamente por el frío mármol de la Iglesia, después de la hermosa ceremonia fúnebre, el ataúd con el cuerpo inerte de mi hermano Koldobika.

Era antofagastino de nacimiento y vasco de sangre, dentro del contexto de Península Ibérica-España-País Vasco; en un momento crucial de su vida, tuvo que elegir ciudadanía... allá en el lejano Consulado Chileno de Bilbao, pues a pesar de ser estudiante de medicina y por lo tanto tener derecho a otro régimen de servicio militar, querían enviarle a hacerlo a África, en los enclaves de Ceuta o Melilla; allá enviaban generalmente a los vascos.

La decisión de elegir la ciudadanía de nacimiento, ante la de naturaleza, fue refrendada por una Corte de Justicia de San Sebastián. No obstante, lo llamaron a “quintas”; ante eso y estando ya ejerciendo su profesión de médico en el Hospital San Antonio Abad de San Sebastián, adelantó la decisión de embarcarse a Chile, que no era fácil.

Eran los últimos meses del año 1952; estábamos en plena dictadura de Franco. Un viejo amigo de aita, de nombre Carmelo y con vínculos en esas esferas, le ayudó. Koldo, vistiéndose de pescador y cargando un remo sobre sus hombros, pasó a Francia por el puerto



pesquero de Hondarribia, y de ahí, después de mil peripecias, llegó al puerto de La Rochelle, de donde se embarcó para Chile para poder reunirse con nosotros: la amatxo, Ernesto y yo, Juan, que vinimos tres años antes, desembarcando en Buenos Aires en Enero del año 1949.

Corría el año 1931, cuando nuestros padres decidieron regresar al txoko, dejando atrás sus vidas en el altiplano chileno. Koldo tenía cuatro años, y Ernesto 2; a los pocos meses de llegar y dentro del mismo año, nací yo, en Hernani; teníamos una hermanita que murió a los pocos meses de nacer; se llamaba Eliana.



Aita, Amatxo, Koldo y Ernesto, regresando al txoko en el barco Orazio, en el año 1931.

Así como el poeta y escritor español Antonio Machado comienza escribiendo “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero”; los míos con Koldo son en Oiartzun, pequeño pueblo fronterizo con Navarra y cercano a Francia, con un extenso y verde valle rodeado de montes y bosques; era un hermoso lugar para vivir; allí fuimos muy felices.

El casco del pueblo lo construyeron en la pequeña explanada que quedaba en los faldeos bajos de Monte Urkabe, el monte que vigilaba la seguridad del pueblo y donde antaño se recorría el Vía Crucis con sus catorce estaciones hasta llegar a la cima donde había una inmensa cruz, y se subía a ella por unas escalinatas que cubrían sus cuatro costados. A los lados de la senda que subía hasta la cumbre y entre yerbas, crecían unas pequeñas pero sabrosas fresas, las que ensartábamos en los tallos delgados de algunas yerbas y las llevábamos a la amatxo.

En Oiartzun, pasaríamos los próximos diez años, es decir hasta el año 1945, en que volvimos a Hernani; pero lamentablemente con dos seres queridos menos, la pequeña Eliana que murió el año 1937 y aita que murió al año siguiente a los 39 años; demasiado jóvenes para morir. El año 1935, aita compró la línea de Autobuses de Oiartzun a Rentería, ese fue el motivo de nuestra permanencia y vida en el pueblo.

Mi convivencia más cercana con mi hermano Koldo, fuera de la familiar, comenzó a los 17 años de él y 12 míos. Empezamos a salir juntos a cazar. Yo era el “pointer” que le traía las presas que él acertaba cazar; Ernesto no era cazador, por lo tanto no nos acompañaba; nuestra caza favorita era el pase de las aves: tórtolas, txolomas y palomas, que al acercarse el crudo invierno centro-europeo, buscaban climas más templados; sus lugares preferidos eran el sur de España y norte de África y para llegar a esos cálidos lugares, tenían que pasar, entre otras partes, por donde vivíamos nosotros.

Había dos puntos importantes de pase de palomas, fuera de otros más de menor importancia; uno era en Urkabe atxe, pero no nos gustaba a pesar de que nosotros vivíamos a los pies del monte; preferíamos el otro que quedaba como a cinco kilómetros en dirección de Irún a Francia.

Se pasaba por una aldea en el sentido de conjunto de casas cercanas que se llamaba Gurutze y desde ahí se subía al monte Antxi; en todo el lomo ascendente hacia la cumbre, estaban colocados los puestos de caza, que no eran otra cosa más que parapetos hechos de ramas donde nos ocultábamos y vigilábamos el horizonte, tratando de ubicar los bandos de palomas. Los puestos estaban a una distancia aproximada de cien metros unos de otros, los de la cima o próximos a ella eran los mejores, por donde pasaban más palomas.

Al frente nuestro y a unos cuantos kilómetros de distancia en dirección al norte, Irún-Francia, había otro monte muy parecido al nuestro, hasta en el nombre, se llamaba Antxilles; de esa dirección venían las palomas. Primeramente se escuchaban los tiros en ese lugar y desde ese momento, todas las miradas convergían allí, tratando de ubicar entre las nubes o en el contraste con los bosques cercanos, el color blanco grisáceo de los bandos de palomas, que en su vuelo con las alas desplegadas, daban ese tono.

Nos comunicábamos con los amigos de los otros puestos con silbidos, indicando la dirección que tomaban las palomas; a veces pasaban en el medio de dos puestos, si caían más de dos, no había problema, pero si caía una sola, existía la duda de quien la había matado; muchas veces había discusiones y yo que traía la paloma que supuestamente había cazado Koldo, tenía que examinarla con los otros, para ver en qué lado estaba la herida, al final siempre se llegaba a un buen acuerdo, todos éramos del pueblo y por lo tanto amigos.



En una oportunidad, un muy amigo nuestro, Joxe Mari Irigoyen, tuvo una discusión con otro cazador, la que me tocó dirimir a mí; en medio de la polémica, Joxe Mari dijo: "Esa tórtola es mía, le pegué en la cabeza, lo digo por la forma de caer que tuvo" y dirigiéndose a mí, dijo, "Juanito, tráela por favor, está en ese prado y si no tiene los perdigones en la cabeza se la entregas a él". No se había equivocado, así era.

Nos teníamos que levantar de madrugada, pues con las primeras luces del día, empezaba el pase y terminaba como a las diez. Después de esa hora, las palomas detenían su vuelo, el pase, y buscaban descanso y alimentación al amparo de algún bosque, ojala de robles o encinas, pues las bellotas eran su alimento preferido. Era el momento de la conversación con los otros cazadores, nos juntábamos a contarnos los detalles de la cacería y la mala suerte que tuvimos, decían algunos, pues no pude encontrar las otras dos palomas que maté... ¿Sería verdad?

Durante tres o cuatro horas nos manteníamos en el puesto, muchas veces mojados hasta los huesos, pues las tórtolas y txolomas pasaban en días nublados, con una persistente y fina llovizna que en vasco la llamamos "sirimiri", eran los días especiales para el pase. Siempre había uno de ellos que pasaban muchas más, era el tan esperado "día del golpe", en que durante una o dos horas, pasaban en forma continua, hasta el punto que se calentaba el cañón de la escopeta de tanto disparar; generalmente lo hacían en el mes de Septiembre; sin embargo las palomas elegían viento sur para pasar y en forma preferente durante el mes de Octubre.

Durante las horas de espera, además de mantener la mirada fija en el horizonte, Koldo me solía hablar cuando aita les llevaba a él y a Ernesto a alguna de sus cacerías, lo decía con mucho sentimiento; una de las veces trajo un basurde pequeño —cría de jabalí—, que era el mismo con el que yo jugaba en plena guerra civil; otras veces se ponía a tararear y cantar en voz baja alguna de sus canciones favoritas, todavía resuena en mis oídos, la voz no muy afinada de Koldo, cantando:

*Mahatsaren orpotik dator  
mama goxoa, mama goxoa,  
edango nukela, beterik basoa,  
klink, beterik basoa...*

Traducción libre. “*De la uva viene el rico vino, ya tomaría un buen vaso, salud, dame otro vaso*”.

El regreso a casa era siempre más largo, pues en lugar de ir por el camino más corto, lo hacíamos recorriendo los faldeos del norte de Monte Urkabe, donde había arbolados y pequeños bosques. Recuerdo el suave piso de musgo, pues podíamos avanzar en forma silenciosa para poder levantar alguna tórtola o paloma y así tener la oportunidad de aumentar el número de nuestras piezas de caza, que nunca eran muchas.

Los días pasaban rápidos y se acercaba el fin de las vacaciones y por lo tanto la fecha del comienzo de los estudios en el colegio. Koldo estudiaba su último año de bachillerato en el prestigioso colegio de Lekaroz, que estaba en el Valle del Baztán –Navarra– regido por los Frailes Capuchinos; Ernesto en los Salesianos de Pamplona, ambos internos, y yo en el Colegio del Sagrado Corazón en San Sebastián.

Pero antes de estos episodios de caza con Koldo, pasamos la Guerra Civil española, desde 1936 hasta 1939; negros años de hambrunas y necesidades, llenos de incertidumbres y temores; veíamos caer bombas muy cerca de la casa, es decir, sentíamos el silbido de las bombas al cortar el viento y el estruendo al explotar en el suelo y veíamos el hoyo que había dejado en la tierra; por suerte no tenían gran poder destructivo. Vivíamos a los pies de Monte Urkabe, en una villa llamada Legarretxiki.

Nuestras retinas estaban llenas de escenas de cuerpos mutilados, sangrantes, nuestros oídos también llenos de gemidos y gritos de dolor.

Desde Julio de 1936 fecha del levantamiento militar, hasta Mayo de 1938, fecha del fallecimiento de aita, las decisiones las tomaba él. Después de su muerte, fueron la mamá con su hijo mayor, Koldo.

Recuerdo que dormíamos vestidos, pues muchas veces nos levantábamos a media noche o al amanecer, dependía de la hora del bombardeo y nos metíamos en medio de un maizal que había cerca de la casa, hasta que ya no se oían caer más bombas; en los pueblos chicos no había refugios y cada uno buscaba su mejor manera de capear el bombardeo.

Koldo me contaba que los primeros años, se refería a 1936 y 1937, aita y amigos del pueblo, subían a Monte Urkabe con escopetas y desde la cumbre oteaban el horizonte tanto hacia el Este, Navarra, como hacia el Oeste, al Puerto de Pasajes. Un buen día bajaron corriendo hacia la plaza del pueblo y con voces entrecortadas, comunicaron a todos: "Hemen dituk txapel gorriak" —aquí están los boinas rojas—. Se referían a los requetés, que eran los soldados del General Mola, aliado de Franco, que usaban como distintivo "boinas rojas" y llegaban de Navarra, ocupando los pueblos cercanos a San Sebastián sin mayor resistencia.

Todos los que habían tenido alguna figuración política se fueron a San Sebastián y de ahí a Bilbao; los que se quedaron, la mayoría, murieron fusilados. La guerra es cruel, no se detiene a preguntar, trae consigo el horror y se va, dejando el campo cubierto de cadáveres.

En la parte nuestra de Gipuzkoa, la guerra como tal, con sus horrores y muertes pasó como si fuera un viento huracanado, y dejó espacio a un período de recriminaciones y traiciones, dentro de los habitantes de los pueblos; quizás esto último era más perverso que la guerra misma.

Casi al mismo tiempo que terminaba nuestra guerra civil, comenzó la Segunda Guerra Mundial, lo cual suponía más problemas de



desabastecimiento y preocupaciones, pero nosotros como niños no lo sentíamos. Recuerdo que nos metíamos en un pinar que había en Monte Urkabe, en su ladera norte, la que mira hacia Hendaia (Iparralde<sup>1</sup>) y veíamos a los aviones alemanes como bombardeaban el puerto de Hendaia; era todo un espectáculo para nuestros ojos y mentes de niños; tuvimos siempre los horrores de la guerra delante de nuestros ojos; eso mismo nos hizo crecer anímicamente fuertes.

En el transcurso de nuestras vidas, hemos ido a Oiartzun y recordado con nuestros amigos de la infancia todos esos hechos y ellos así como nosotros, no hemos tenido traumas ni depresiones a raíz de lo que nos tocó vivir, supimos asumir bien esos sucesos.

A partir de los años 1943-44, los acontecimientos se precipitaron para nosotros en Oiartzun; terminada la guerra civil en 1939, comenzó enseguida la 2da. Guerra Mundial, donde todo escaseaba, más todavía con el “boicot” a España, por ser Franco aliado de Hitler. Empezaron a faltar repuestos para los autobuses, hasta combustible, no había gasolina; menos mal que se acordaron de la técnica del gas; quemaban carbón en unos autoclaves adosados en la parte posterior de los autobuses, hacia el exterior, y el gas lo inyectaban al motor, su andar era más lento, pero por lo menos se trabajaba; se hacían viajes y se transportaba a la gente.

Estos problemas, más otros inherentes al negocio, obligaron a mamá –viuda ya– a vender la Línea de Autobuses de Oiartzun a Rentería y trasladarnos a vivir a Hernani, a la misma casa de Nagusi Kalea N° 15. Yo nací en ese mismo edificio, en el segundo piso; ahora arrendamos el entresuelo que cubría todo el entorno del edificio y por lo tanto daba a tres calles, la mencionada antes, Napar Kalea y Paseo de los Tilos.

---

<sup>1</sup> Iparralde es el lado norte de Euskal Herria, actualmente en el estado francés.

Koldo ya había comenzado los estudios de Medicina en la Universidad de Valladolid; venía a Hernani para las vacaciones cortas de Diciembre a pasar en casa: Noche Buena, Navidad, Noche Vieja y Año Nuevo, a veces se quedaba hasta después de Reyes; desde esa fecha continuaban los estudios hasta Julio, fin del año escolar y universitario, había un pequeño descanso de cuatro o cinco días para la Semana Santa, Marzo o Abril.

La llegada de Koldo y los otros estudiantes universitarios al pueblo era todo un acontecimiento; traían las novedades que circulaban por las distintas urbes de España; él era el cabecilla, siempre estaba en primera línea, reunía a los otros estudiantes universitarios, que no eran muchos, y que como él tuvieron la suerte que sus padres pudieran pagarles los estudios. Hacían festivales y otra clase de diversiones, así daban vida a los pueblos que eran manejados por los curas en una forma demasiada conservadora, inculcándonos el temor a Dios.

Eran los alegres días de verano y de todos los santos del Santoral Cristiano; cada pueblo tenía su Patrono y eran tres o cuatro días de fiesta, eso multiplicado por “n” pueblos, bastaba para pasar todas las vacaciones enfiestados. Comenzaba el 24 de Junio, San Juan Bautista, patrono de Hernani y terminaba el 29 de Septiembre, San Miguel, patrono de Urnieta, un pueblo colindante con Hernani. Las imágenes de estos patronos se veneran en el Altar Mayor, junto a la de Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen María; así de importante es para los pueblos su Santo Patrono.

En Hernani, desde 1945 a 1948, se repitieron las mismas escenas de caza que en Oiartzun, pienso que eran mejores los puestos de este último pueblo, lógicamente cambiaron los escenarios y los amigos cazadores; las tórtolas, txolomas y palomas eran de la misma familia. Recorriamos los campos y bosques cercanos a nuestros caserío, “Diustegi”, –lugar de Dios– (desconozco porqué el aitona le puso ese nombre), y

a los caseríos vecinos: Legarralde, Argindegi, Latxe, Eula, Saurdei. ¿Verdad que suenan a tiempos prehistóricos? ; éstos tres últimos pertenecen al municipio de Urnieta.

En las explanadas que había entre esos caseríos, todos ellos baserritarras amigos, armábamos con Koldo los parapetos y desde ahí oteábamos los montes que teníamos al frente, el Onyi y el Adarra, desde donde venían los bandos de palomas. Para ese entonces, yo ya tenía mi escopeta de calibre 16, más pequeña que la del 12; de esa forma con Koldo cubríamos más terreno de caza y nos iba mejor; no tanto, pero bueno...algo mejor. Ese fue nuestro andar de cazadores en toda nuestra mocedad; siempre preferíamos la caza a ninguna otra afición o diversión; lo llevábamos en la sangre.

Así llegamos a finales del año 1948, momento de decisiones trascendentales que marcarían nuestras vidas para siempre. Koldo estaba en quinto año de Medicina, Ernesto saliendo de los Salesianos y yo cursaba sexto año de humanidades en San Sebastián. Los gastos en educación que nos estaba dando la amatxo en los mejores colegios y después la Universidad de Koldo, fueron mermando, poco a poco, las platas disponibles; pero ella no titubeó ni un segundo en hacerlo; sabía que la mejor herencia que nos podía dejar, era una buena educación...Eskerrik asko, amatxo.

Viendo la situación de ese momento, eran años de incertidumbre; no se vislumbraba un futuro prometedor. Amatxo tomó la decisión de regresar a Chile; sabía que en América había más posibilidades de progresar. Ella ya había estado en Chile varios años, sabía lo que decía y tenía toda la razón; no se equivocó.

En ese momento, tomó la decisión de desenterrar y sacar las latas grandes con monedas de plata que aita había enterrado un poco antes de la guerra en el caserío —pues sabía que las tropas requisaban todo—, entre

aquel árbol de hurras –avellano– y la higuera, al frente de la cocina. Fue todo una ceremonia; después estuvimos varios días sacando la herrumbre que se había formado en las monedas por la humedad y la tierra, pues las latas no resistieron el tiempo transcurrido y se rompieron.

Había monedas de todos los valores, desde los “duros” (cinco pesetas) con las figuras de los reyes: Amadeo I, Alfonso XII y Alfonso XIII, hasta las más pequeñas de 2 y 1 peseta. Dejó una provisión de dinero para que Koldo terminara la carrera de Medicina y después viniese a Chile. Tomándonos a Ernesto y a mí, nos embarcamos en Bilbao en la Motonave “Monte Urbasa” con destino al puerto de Buenos Aires (Argentina) y de ahí a Chile, en el tren que, pasando por Mendoza, llega a Los Andes (Chile).

Antes de viajar a Chile, pasamos unos meses en Chascomús, pueblo argentino en pleno campo, que queda a pocos kilómetros al SE del gran Buenos Aires. Ahí vivía una hermana de la amatxo, tía Queti, y nos sirvió para conocer la grandiosidad de esos ricos campos; recuerdo que había pampas interminables de maizales. Los domingos llegaban a la plaza del pueblo muchos birlochos y calesas, era la típica vida provinciana, tranquila, reposada, la que vale la pena vivir.

Para pasar de Argentina a Chile, tuvimos que cruzar la Cordillera de los Andes, lo hicimos en un tren de trocha angosta, si no me equivoco, se llamaba el TransAndino, por el paso de Cristo Redentor, al sur del imponente Aconcagua, cerro de 7.000 mts, s.n.m, el más alto de América. Era un pequeño tren con cremallera, que serpenteando las altas cumbres cordilleranas, pasaba al lado chileno. Recuerdo que el paisaje era maravilloso, con la mayoría de las cimas de los cerros cubiertas de nieve, era impresionante la majestuosidad del entorno.

Poco o nada sabíamos de Chile; solamente lo que amatxo nos contaba de su anterior estadía en éste y lo que leímos en unos libros que



ella llevó y que trataban sobre su Independencia. Allá en el viejo mundo, no se hablaba de estos países de América del Sur; algo se sabía de la Argentina, por ser junto a otros países de aquella época, “los graneros del mundo”, y según tengo entendido, ayudó a España con trigo en la post guerra.



También recuerdo, que recorriendo los campos agrícolas insertos en toda España y País Vasco, se divisaba de repente, adosado a la pared de alguna casa cercana a la carretera, un letrero con la figura de un huaso a caballo, con la leyenda “Nitrato de Chile” y eso era todo.

Desde el primer momento, me gustó Chile, por su gente amable, simpática y acogedora; uno era otro más, entre los que deambulaban por las calles, nunca tuvimos ningún problema. Los destinos del país los regía el Partido Radical, gran partido político para aquellos tiempos. “Vivían y dejaban vivir” en absoluta libertad, eso sí, respetando las leyes...¡Qué más podía pedir un emigrante, que llegaba de una dictadura!

El año 1949 nos encuentra a la amatxo, a Ernesto y a mí, en Calama, pequeño pueblo levantado en un oasis, de no más de 10.000 habitantes en aquel tiempo –hoy es una ciudad de más de 100.000– enclavada en la precordillera del norte de Chile, con una altitud de 2.300 mts, s.n.m., en el meridiano de Antofagasta y a 200 kilómetros al noreste de ella; frontera con Bolivia por el paso de Cajones y con Argentina por los pasos de Jama y Sico y distantes de ellos, aproximadamente en 150 kilómetros del primero y 250 kilómetros de los segundos.

Calama, ciudad bañada por el Río Loa... ¡dormida!, podría ser; está a 15 kilómetros al sur del mineral de cobre más grande del mundo a tajo abierto, Chuquicamata, llamado así, según algunos historiadores, por los indios “chucos”, que ya habitaban esas tierras siglos antes; otros dicen que es una voz quechua: Chuk’ikamata. El Río Loa, es el río más largo de Chile, nace en plena Cordillera de los Andes, en los faldeos bajos del cerro Miño, casi frontera con Bolivia y después de recorrer 400 kilómetros más o menos, desemboca en el Pacífico, a 300 kilómetros aproximadamente al norte de Antofagasta.

Pero hagamos un poco de historia; el primer Urdangarin en llegar a tierras chilenas, es el tío Ignacio; allá por el año 1906, hace un siglo ya; también lo querían mandar a África a hacer las “quintas”, y él dijo: No, no se me ha perdido nada en ese Continente; por lo tanto, pasó a Francia y desde el puerto de La Rochelle, en un barco de cuatro velas que venía al norte de Chile a por salitre, se embarcó con destino incierto y después de 60 días y pasar por el Cabo de Hornos al Océano Pacífico, arribó a Antofagasta y allí sencillamente, se bajó.

Nos contaba que cerca del puerto se encontró con un grupo como de 12 trabajadores, conversó con uno de ellos y le dijo que iban a las salitreras de Pampa Unión, pequeño poblado de descanso y diversión, rodeado de Oficinas Salitreras. Sin pensar dos veces, se unió a ellos; hacía falta trabajadores para la calurosa pampa salitrera. Después de un tiempo

en la pampa, no le gustó el lugar por el intenso calor que hacía; le contaron que había un pueblo hacia la cordillera, Calama, y ahí se dirigió.

El año 1909, estando trabajando en Calama, se enteró que al interior, en plena cordillera, había una faena minera donde se ganaba buen billete, pero era sacrificado, eso no le importó a él y tomando el tren que iba a Bolivia, se bajó en la Estación de Cebollar, lugar donde estaba instalada la faena minera, que está sobre los 3.300 mts, s.n.m; allí trabajó desde 1909 hasta 1929... Pero, bueno, esa es otra historia.

A los años trajo a su hermano, el tío Miguel, y en la década de 1920, trajo a sus otros hermanos, Cándido, nuestro aita, y tía Pancha. También incursionó por Chile, por un breve tiempo, nuestro abuelo, Juan Miguel; de él se dice, que cuando le presentaron en la mesa a la hora de la comida, choclos, dijo con sorna.” Si hubiera sabido que se comía el maíz, no hubiera venido a América”.

Eran los últimos meses del año 1949, cuando Ernesto y yo nos unimos al negocio familiar de la llareta (hongo resinoso combustible). Para ello tuvimos que ir a vivir a Cebollar, en plena cordillera y sobre los 3.300 mts; por supuesto, la amatxo se fue con nosotros; negocio que también hizo nuestro padre hasta su ida al txoko en 1931, y que seguían haciendo los tíos Miguel e Ignacio.

Cebollar, además de ser una estación del F.C.A.B. –Antofagasta (Chile) a La Paz (Bolivia)–, era el lugar donde estaba el establecimiento de la Borax Consolidated Limited. Empresa Inglesa que se dedicaba a la extracción y calcinación del borax, metaloide que lo extraían del Salar de Ascotán, que en su lado noroeste limita con Cebollar.

Allí instalaron la planta de calcinación. La llareta la utilizaban como combustible para calentar los hornos y también para uso doméstico. Los Urdangarin eran los contratistas para proveer de este combus-

tible a la Borax, que apagó los hornos en forma definitiva el año 1929; pero siguieron trabajando un tiempo más, vendiendo el borax, tal como lo extraían del salar, sin calcinar.

Al poco tiempo de dejar de entregar la llareta a la Borax, los Urdangarin, hicieron un buen contrato con la Chile Exploration Co. –actual Codelco–, para la entrega de llareta a los trabajadores, para uso doméstico, negocio que siguió en el tiempo y que a nosotros: Ernesto, yo y nuestros primos Jaime y Miguel, nos tocó cerrarlo, entre los años 1949-1955, pues con la llegada del gas, energía limpia y de fácil uso, no hubo forma de competir.

La llareta, crece solamente sobre los 3.500 mts, en plena cordillera. Cebollar, que está sobre los 3.300 mts era un lugar ideal, pues está rodeado de cerros, todos ellos sobre los 5.000 mts, y en los faldeos de estas moles, crece la llareta: Al O. están los cerros: Palpana, Cuevas, Cebollar, Polapi y Carasilla, nombrados de norte a sur y a una distancia aproximada de 30 kilómetros del poblado; y al E. los cerros: Peineta, Ararar y Jardín, casi a la misma distancia; en estos dos últimos, comparten soberanía Chile y Bolivia.

Seguramente se preguntarán. ¿Y qué es de Koldo...? Estaba terminando sus estudios de medicina y viviendo en el txoko. Si he nombrado a estos pueblos, es porque tendrán importancia en el devenir de él.

Koldo se recibe de Médico en España, el año 1952. Casi en forma inmediata entra a trabajar al ya nombrado Hospital San Antonio Abad de San Sebastián; al año siguiente y en la forma ya relatada, se embarca en Francia con destino a Chile, llega en Enero del año 1953 y se encuentra con la sorpresa, que a pesar de ser chileno, como no había intercambio cultural con España, está obligado a revalidar sus estudios de Medicina; lo hace en Santiago, en la Universidad de Chile, saliendo a finales del mismo año con su título de Médico; por lo tanto posee,

dos títulos: el de España y Chile. Mientras revalidó su título en Santiago, tuvo una convivencia muy cercana con dos familias hernaniarras: Paco Domingo, su señora Antxoni e hijos y Ramón de Muguruza, su señora Brígida e hijas; Ramuntxo era el Director del Coro Vasco y Paco Domingo, uno de sus integrantes.

Así como las aves migratorias vuelven a su territorio después de anidar, él, después de revalidar su título, vuelve al altiplano, que había quedado grabado en su mente de niño, a pasar las Festividades de Navidad de ese año 1953. Nuestros padres antes de viajar al txoko el año 1931, vivieron un tiempo en Ascotán –una estación del ferrocarril anterior a Cebollar– en este último lugar, estábamos ahora: la amatxo, Ernesto y yo. Con su llegada, se completa lo que quedaba de la familia Urdangarin Abalabide. A estos ciclos de ida y vuelta, Koldo los llamaba “El Eterno retorno”.

Después de cinco años de separación, nos pudimos abrazar todos de nuevo, en Cebollar, Chile. Pasamos una de las Navidades más emotivas que tenga memoria; solos, alejados del mundanal ruido, como dijo el poeta, pero plenos de felicidad. Con el correr de las horas y con unos vasos de vino de los ricos caldos chilenos en el cuerpo, nos atrevimos a entonar esa nostálgica canción vasca que llama a los hijos a venir a la casa para la cena familiar de Noche Buena y Noche Vieja y pasar Navidad y Año Nuevo, junto a los padres:

*Hator, hator, mutil etxera  
gaztaina ximelak jatera  
gabon, gaua, ospatutzeko  
Aitaren ta Amaren ondoan...*

Traducción libre: “Ven a casa hijo, desde donde estés, a cenar y celebrar estas fiestas de Noche Buena y Navidad, al lado de tus padres”.



Con el eco del sonido de esas notas, resonando todavía en nuestras mentes, salimos a la noche fría, a contemplar el hermoso cielo estrellado que nos regaló la Noche Buena. Koldo decía que nunca había visto tantas estrellas en la bóveda celeste, pero resulta que estábamos sobre los 3.300 mts, en plena cordillera y en medio del silencio, quietud y oscuridad absoluta.

Solamente tenían vida, el ligero temblor de las titilantes estrellas, centelleando en la profunda nebulosa del firmamento. La magia de la noche, estaba en plena sintonía con el sentimiento de felicidad que nos embargaba a los cuatro; pero las horas avanzaban inexorables, ya se hacía tarde, sobre todo para la amatxo, y con un “Gabon bihar arte” –buenas noches, hasta mañana– nos fuimos a dormir.

Los siguientes días, fueron de contarnos todas las novedades y vicisitudes que pasamos, sobre todo él, que se encontraba solo y que recién nos estábamos enterando de todos los problemas que tuvo para salir de España. También acompañaba a Ernesto a supervisar el trabajo de la extracción de la llareta en las alturas de los cerros, por suerte los cerros no le desconocieron, igual que a nosotros.

Pasadas las fiestas y la felicidad del encuentro, había que volver a la realidad de la vida; conversamos todas esas noches los pasos a seguir, y la deducción final fue que Koldo viajara con la amatxo a Calama, a colocar casa y ver las posibilidades de trabajo para él en el Hospital de la ciudad. No demoró mucho en encontrarlo, pues no nos olvidemos que tenía dos títulos, y además el Director del Hospital, Dr. Enrique Montt N. era amigo de la familia; por lo tanto, los primeros meses del año 1954, encontramos a Koldo, trabajando en el Hospital de Calama.

Había elegido la especialidad en Traumatología y Ortopedia, aunque en el Hospital de Calama, también ejercía la de Médico de Sanidad;

no había exceso de galenos. Le tocaba salir mucho a los pueblos del interior de la Provincia de El Loa, cuya capital es Calama, así conoció: San Pedro de Atacama, Toconao, Peine y Socaire, pueblos que quedan al SE de Calama y cerca de la frontera con Argentina y los que quedan al norte en frontera con Bolivia, como: Ascotán, Cebollar, Buena Ventura y Ollagüe; de esa forma se fue encariñando, poco a poco, con los desposeídos de esas partes, de esos poblados casi abandonados a quienes atendía en forma solícita.

Hasta el año 1957, ejerció la medicina en Calama, durante esos casi cuatro años, todas las festividades de varios días de feriado, Koldo, Ernesto y yo nos íbamos a la cordillera; primeramente porque nos gustaba y también, porqué no decirlo, con la esperanza de encontrar alguna buena veta mineralógica; la amatxo nos decía. ¿Creéis que no han andado por ahí otros antes que vosotros?

De cada expedición traíamos pequeñas rocas y teníamos la casa llena de piedras; según nosotros, posibles minerales; y si en esas expediciones no encontrábamos alguna alteración geológica interesante, nos dedicábamos a recorrer todas esas pampas y si se daba la posibilidad, a disparar algunos tiros, siempre llevábamos la escopeta. Arriba, en la alta cordillera, frontera con Bolivia y Argentina, estamos hablando sobre los 4.000 mts, hay lagunas de todas dimensiones, en largas pampas, que recogen las aguas de los deshielos de los imponentes cerros de la Cordillera de Los Andes, y en todas esas prístinas lagunas habitan, en forma permanente: patos, guayatas, taguas-taguas y otras especies de aves. Lo más importante de todo eso, era poder contemplar esos paisajes tan maravillosos de imponentes cerros de blanca testa, reflejados en las aguas de esas primigenias lagunas, éramos privilegiados al tener esa oportunidad.

De repente, divisábamos a lo lejos un piño de vicuñas, que iban lentamente, mordisqueando las pocas hierbas que emergían del árido



Vicuñas escapando de la presencia humana.

suelo, en dirección a la laguna a saciar su sed. Y entre las vicuñas y nosotros, que nos acercábamos a la orilla de la laguna, escondidas entre las tolas –coirón- se oía el piar de unas perdices que se acercaban a la laguna; costaba divisarlas, pues se mimetizan muy bien en el suelo color gris amarillento; la perdiz de nuestra cordillera, es mucho más grande que la del valle central y la del sur y se la encuentra generalmente sobre los tres mil metros de altitud; estas dos condiciones hace que tengan un solo vuelo y no muy largo, parece que su pequeño corazón no puede con su volumen y la altura; son fáciles de cazar, pues además su vuelo es lento.

Acercándonos a la orilla de la laguna, y asustadas por nuestra presencia, despegaban de la superficie del agua con sus largas patas, decenas de “parinas” –flamencos– con sus largos cuellos y sus bellos colores rosados; era un espectáculo digno de verse.



Parinas (Flamencos andinos) anidando en su hábitat, Salar de Atacama, cuidados por CONAE.

Solamente ese espectáculo pagaba el sacrificio de la madrugada y el recorrer por polvorientos caminos los doscientos kilómetros hasta llegar a esos parajes; muchos de ellos, jamás hollados por pies humanos; era una sensación maravillosa. Solos, en esas inmensidades cordilleranas, algunos dirían: imprudentes, osados, y qué se yo, cuantos adjetivos más, pero yo digo, qué precisamente ahí, se notaba el temple de los vascos; sí, quizás sea audacia, pero eso marca la diferencia; así somos los vascos.

Con el correr de los años, Koldo se dio cuenta que no tenía futuro en el hospital de Calama, que como todo hospital de provincia andaba escaso de recursos y por lo tanto retrasado en los adelantos de la ciencia médica. Muy cerca de Calama, a 15 kilómetros, está la mina de cobre de Chuquicamata; ya hablamos algo de ella anteriormente; pertenecía a la Chile Exploration Co. Empresa Norteamericana del rubro; su hospital “Roy H.Glover”, contaba con los últimos adelantos ; así es que puso sus ojos en él.

No era fácil conseguir un puesto de médico en ese hospital; pero sus dos títulos más su especialidad en Traumatología y Ortopedia, ade-

más de la amistad del Jefe del Hospital, Dr. John Bradford con la familia, en el año 1958, consiguió entrar al hospital a ejercer su profesión, haciéndose cargo como Jefe de los servicios de su especialidad.

Chuquicamata, además de ser la mina de cobre mas grande del mundo trabajada a tajo abierto<sup>2</sup>, pasó de campamento minero a pueblo, sí, era todo un pueblo. Tenía tres zonas claramente diferenciadas, cada una de ellas con todos los elementos necesarios para una vida normal. La zona de los obreros quedaba en el casco del pueblo, entiéndase por ello, donde está: La plaza, la Iglesia, los Servicios Fiscales, las Escuelas, los Bancos, el Cine y el Comercio establecido. En todo ese amplio sector estaban sus casas, tenían dos pulperías (actuales centros comerciales), la número 2 y 3; y un hermoso Club para ellos, con todas las instalaciones necesarias, tanto de comedores, como de juegos, llegaron a formar uno de los mejores equipos de palitroque.

Después venía la zona de los empleados, con casas un poco mejores y mayores comodidades, generalmente compraban en las pulperías número 1 y 2; también tenían su Club de empleados. Y finalmente venía la zona llamada “Campamento de los Gringos”; casas construidas de madera, más amplias y mejor equipadas, con una particularidad; la que estaba más alta era la casa 2000, la del Gerente General; y de ahí descendiendo al plano, venían según la importancia del cargo, las siguientes numeraciones. También tenía su club, que se llamaba Chilex Club, ahí celebraban todas las festividades patrias, tanto la de ellos como las de Chile. Se abastecían en la pulpería número 1 y la fruta y verdura en la Recova.

---

<sup>2</sup> Los hermanos Guggenheim comienzan en 1915 la explotación industrial moderna en esta mina. Con el paso del tiempo, la fortuna creada por estos hermanos y acompañada por la buena suerte del minero, rebota curiosamente en Bilbao, con la creación del museo de ese nombre por convenio con la Fundación Guggenheim, marcando con ello, el hito del nuevo renacer de esta ciudad en Euskadi.



Más de uno podrá pensar que era una discriminación difícil de entender, pues nada de eso, cada grupo era feliz en su medio, ahí podían dar rienda suelta a sus emociones y vivirlas a su manera y los otros grupos hacían lo mismo. A nadie se le prohibía entrar al otro club, pero la gente se encontraba más a gusto en el suyo. Consideré interesante hacer estas observaciones, pues hoy en día, Chuquicamata no existe como pueblo, quedó como mina; demolieron todo, empezando por el hospital, que ahora sirve para botar el estéril (tierra y rocas) de la mina; dejaron solamente la plaza, la Iglesia y algún otro edificio, para recordar el pasado; todo el personal fue trasladado a Calama.

Koldo estaba feliz trabajando en ese hospital, pero su afán de superación y el querer estar en un medio más competitivo, le hicieron ponerse como meta, trabajar en Santiago; a los pocos años, trabó amistad con el Dr. Ataglic, médico Jefe del Hospital San Juan de Dios, quien le convenció que viniera a Santiago a trabajar con él. Es así, como el año 1968, deja la seguridad de un trabajo bien remunerado en Chuquicamata y llega a Santiago al Hospital San Juan de Dios; para ese entonces ya se había casado y precisamente en esa época nace su primer hijo, Luís Pedro.

Ya instalado y trabajando en Santiago, nacen dos hijos más: Rodrigo Javier y Drinita —los ojos de su padre—. Empieza una nueva vida para él y familia, deja atrás todas las vicisitudes de su vida en el País Vasco y en el desierto y cordillera, comienza la realización plena de Koldo en su especialidad de traumatología y ortopedia.



Koldo en su alma de baserritarra, con la blusa tradicional.



## Evocaciones

Me gusta la palabra evocar y su significado –traer algo a la memoria o a la imaginación—. Debe ser porque los recuerdos son siempre más gratos que la realidad en sí misma; generalmente recordamos lo mejor de esos momentos; como que la mente pone candado a los sucesos ingratos de esos mismos episodios; eso es lo bello y agradable de los recuerdos.

Cuántos sucesos acaecidos en nuestra niñez y juventud, que para nosotros significaron algo, pensamos que pasaron inadvertidos para otros y sin embargo, nos damos cuenta en el correr de los años y charlas de sobremesa, que esos mismos acontecimientos quedaron en nuestros recuerdos y también en los de nuestros seres queridos con los que convivíamos.

Con la perspectiva que dan los años, pudimos juzgar con más precisión todos los hechos acontecidos, que pasaron demasiado rápido por nuestras mentes y ojos de niños, como para darnos cuenta de la importancia y gravedad que tuvieron en el devenir de nuestras vidas y, en general, en el de la humanidad; primeramente nuestra guerra civil en España, que cambió para siempre la vida de miles de españoles y vascos y después la Segunda Guerra Mundial, con el desastre de decenas de millones de soldados y civiles muertos.

La vida en el mundo ya no fue igual después de esa última guerra mundial; indudablemente hay un antes y un después. Hay países que tomaron las riendas direccionales y dictaron pautas de vida para toda la

humanidad, con ideologías filosóficas totalmente antagónicas entre sí, disfrazadas con las palabras “cortina de hierro” o “guerra fría”; todos quedamos insertos entre esas multitudes que deambulaban por el mundo, sin tener opción a dirigir sus vidas; fuimos tratados como manadas; había que seguir a los que dirigían los imperios; el que se rebelaba caía abatido; fueron años aciagos para la humanidad.

El año 1990 por asuntos de trabajo, tuve que trasladarme a Santiago. Con mi esposa Marina Yutronic, armamos una nueva casa en la capital; fue un cambio muy fuerte, de la soledad y paz del desierto, al ajetreo de la metrópoli; pero definitivamente, quedó demostrado que somos animales de costumbres y muy pronto, nos habituamos al nuevo orden de vida.

Cambiaba de hermano; dejaba en Calama a Ernesto y me unía a Koldo que ya vivía en la capital; si bien hasta entonces nuestros encuentros eran por visitas que yo hacía a Santiago para estar unos días con la amatxo y con él, desde ese momento nuestros encuentros eran casi diarios; nos buscábamos y conversábamos de todo un poco: política, economía y otros temas contingentes, pero ineludiblemente, nuestra conversación terminaba recreando los parajes del País Vasco o los recorrecos cordilleranos que tan bien conocíamos y que nos hicieron tan felices, ya sea cazando o bien con la ilusión de encontrar algún filón mineralógico. Koldo siempre nos acompañaba a Ernesto y a mí, él era sobre todo cazador; sus genes mandaban.

Al poco tiempo de mi llegada, Koldo jubiló y se instaló con una lechería en un campo cercano a Santiago, en El Noviciado, y así cumplió su sueño de baserritarra que llevaba en los genes; era hombre realizado.

A una de las primeras personas que conoció en esta nueva etapa de su vida, fue a Pedro Oyanguren, que también tenía una parcela en Noviciado; con él hacía “hamaiketako los días Sábados; en uno de mis

viajes, estuve con ellos y me recordó al txoko; fuimos a la parcela de Pedro y en la cocina sobre la mesa había un pedazo de queso y unos panes con una bota de vino, a nuestro estilo, sencillo, pero cálido, así somos los vascos, ese es nuestro pálpito de vida; hablamos de mil cosas y después cada uno a su trabajo.

Por suerte para nosotros, el campo quedaba cercano a la planta de azufre micronizado que instalamos con mi hermano Ernesto y que fue el motivo de mi llegada a Santiago; por lo tanto, los viajes a la planta y campo, lo hacíamos juntos. Es así como, poco a poco, fue creciendo la convivencia entre nosotros, además de hermanos, éramos amigos. En su campo había una hermosa casa patronal, al estilo antiguo, y él la convirtió en el caserío “Diustegui Americano”; ahí celebrábamos el “Aberri Eguna”.



Clan Urdangarin celebrando Aberri Eguna. Sentados: Ernesto, Koldo, Jaime, Juan, Alicia y Humberto, de pie tercera generación del Clan.



Las primeras “metas” –parvas grandes de alfalfa de forma cónica– al estilo del txoko, las hizo Koldo en su campo; la gente y los trabajadores quedaban extrañados; no hizo de “iñostorra, iratze” –helecho–, porque aquí no crecen; en el País Vasco, los caseros lo usaban para las camas de las vacas y una vez que estaban impregnadas de la urea y de la boñiga de ellas, se usaba para fertilizar los campos de hierba. No nos olvidemos que en el País Vasco existen solamente los minifundios y no daba para mucho más.

Todos los sábados después de ir temprano con Koldo al campo y a la planta, comíamos juntos en casa. Algunas veces venían también nuestros amigos José Delmás y su señora Carola, con quienes tenemos una vivencia muy cercana desde los tiempos de Calama y la cordillera. Durante la larga sobremesa, despertábamos todos nuestros recuerdos dormidos tanto del txoko como de la cordillera y disfrutábamos recreándolos; en los siguientes capítulos iré recordando lo más fielmente posible esos temas.



Mesa servida en San Pedro de Atacama, para la celebración de Aberri Eguna del Clan Urdangarin.

## **Las cavernas en el alma de los Vascos**

Recuerdo que éste era uno de los últimos temas que tratamos con mucho fervor. Estábamos de acuerdo que aún perdura en los vascos la nostalgia, de aquellos primeros días en los albores de la historia y de la vida con su tribu en las cavernas; en las profundidades de los montes boscosos, y que al dejar la seguridad de su entorno y aventurarse a bajar a los valles y espacios libres, se sintieron inseguros, y trataron por todos los medios de juntarse nuevamente.

Poco se sabe de la vida de los vascos en esa transición en los tiempos. No creo que nos equivoquemos al pensar que al principio se reunirían en los espacios abiertos en los bosques, donde deliberarían sus cuitas; después seguramente construyeron sus txabolas –chozas– y dejarían alguna de ellas para cobijarse en sus reuniones... Y así pasaron los años.

Después viene un largo período de varios siglos comenzando por las referencias romanas sobre los vascos; una de las más antiguas es la de Tito Livio, años 77-74 a. de Cristo. Tolomeo también nombra a varios pueblos vascos; por ejemplo habla de Oiasso y de Pompaelon; los historiadores no tienen duda que se refería a los actuales. Oiartzun y Pamplona.

Siglos después vienen las peleas de los vascos con los godos y los francos, con la gesta heroica de Roncesvalles, año 778 d. de Cristo, donde los vascos derrotaron a la retaguardia de Carlomagno, Rey de los Francos, comandados por un pariente de él, Roland, que también murió

junto a todos los altos jefes de su reino; es decir, la flor de la caballería franca y de la nobleza; de ahí la famosa “Chanson de Roland”, (Canción de Rolando), el cantar de gesta más conocido de Europa, en la Edad Media.

Según las crónicas, todo esto sucedía en los altos de Atzobiskar muy cerca de la cima, del paso de Lepoeder (cuello hermoso o buen paso). Carlomagno que iba en la vanguardia, ya había transmontado ese angosto paso y ya había bajado al otro lado de la montaña; por eso no pudo ir en su ayuda con la prontitud que hubiera deseado; para cuando lo hizo, los vascones ya habían desaparecido entre los bosques, dejando muertos en las quebradas y laderas de los montes, a los miles de soldados del ejército franco junto a sus jefes.



Koldo, Juan y Jaime en Roncesvalles -Chanson de Roland.

Los vascos siguieron peleando varios siglos más contra cualquier invasor que no respetara su territorio y sus derechos, haciendo pactos según su conveniencia y los deshacían de la misma forma; se manejaban bien; nunca se doblegaron ante nadie.

Poco a poco, fueron delimitando y marcando los montes, valles y espacios libres y creando los innumerables pueblos del “goierri” vasco –tierras altas, campo– y en cada pueblo, los baserritarras (hombres del campo) construyeron sus caseríos; sobre todo en los faldeos de los montes y en las pequeñas explanadas que existían y cada uno de ellos con sus límites bien definidos; ahí se asentaron y formaron sus familias; las que dieron sustento y mantuvieron pura, la lengua y los genes de la raíz vasca.

Otros euskaldunes se quedaron en los valles, y fueron los que construyeron, poco a poco, los pueblos; se les llamaba “kaletarras”, en traducción libre, gente que vivía en la calle, en sentido de pueblo, también se les denominaba “kaleume” –joven del pueblo–. Actualmente y por desgracia nadie quiere vivir en los caseríos, trabajando y viviendo de lo que produce la tierra, la mayoría de ellos los han convertido en merenderos y en viviendas, vale decir, trabajan en las ciudades y pueblos y alojan y viven en los caseríos.

También estaban los “arrantzales” (pescadores) que construyeron sus pueblos en la costa, a orillas del Cantábrico; eran famosos por su coraje y osadía; fueron de los primeros en adentrarse en mar abierta a la caza de la ballena con sus arpones, en sus frágiles y angostas lanchas.

Ya llegamos a los siglos XIX y XX, y como seguían sintiendo la necesidad de reunirse, formaron lo que llamamos sociedades de amigos o sociedades gastronómicas; los vascos, por lo general, nacían y morían en su pueblo; es así, como se formaban las cuadrillas, que no eran otra

cosa más que la junta de varios amigos de una misma generación que decidían reunirse en bodegones a comer y charlar en largas mesas con banquetas; había una cocina amplia con todos los alimentos y enseres que ellos mismos compraban; siempre en la cuadrilla había alguien que preparaba ricos platos ya sea de pescado o de carne, generalmente chuletas; se bebía casi siempre sidra, aunque no faltaba el vino. Hoy en día han cambiado los bodegones por construcciones de primera calidad.

En cada pueblo había varias sociedades de amigos, en Hernani, había tres, de acuerdo a la edad de las personas, de mayor a menor: "Santa Bárbara", así llamada por el monte que guarda al pueblo; "Elur txori" (Pájaro de la Nieve) y "Txantxangorri" (Pájaro de pecho rojo), en Chile sería la Loica, a esta última sociedad pertenecíamos nosotros. Hemos ido al txoko en estos últimos años y por supuesto a Txantxangorri y nos extrañó que ya no se canta como antes; en nuestros tiempos de juventud, no había comida que no terminara con sentidos cantos vascos coreados por todos los comensales; hoy en día, rara vez sucede eso.

Se buscaban y reunían con la excusa de comer; todavía lo hacen en menor escala y sin la mística de antaño, pero no es solamente la comida por lo que se juntaban; era algo más imperioso, era la necesidad que tenían de sentir la presencia del otro, del amigo, para agruparse y así estar con los de siempre, igual que en los tiempos tribales, no se daban cuenta, que lo que buscaban, era la profundidad y seguridad de las cavernas ancestrales, para estar todos juntos y ahí planificar sus salidas y cacerías, igual que hacían sus antepasados alrededor del fogón, dentro de sus cavernas, lamiendo el hueso de la pierna de un mamut, cazado por todos el día anterior; ahora lo hacen lamiendo una chuleta de buey viejo.

Nuestros antepasados acechaban al mamut u otro animal de aquellos tiempos y salían dispuestos a cazarlos, a pesar del peligro, para

alimentar a la tribu; era su deber, su obligación y lo hacían bien. Ahora las cuadrillas preparan sus salidas y van todos juntos a los montes, a cazar lo que venga: jabalíes, venados o aves de paso; lo importante es estar juntos conviviendo en guaridas que se construían de antemano; al principio se dormía en carpas; nos tocó estar en una de ellas a mediados del siglo XX, en la Sierra de Cameros; hacía un frío espantoso; al día siguiente de nuestra llegada, despertamos con todo el campo nevado; para paliar en algo el frío, se preparaba una bebida que nosotros la llamábamos “sangre de toro”. En unas ollas grandes que llevábamos, se llenaban de vino tinto y se introducía parte de una pierna de buey con hueso y carne y se dejaba macerar; con unos pocos tragos de ese brebaje, adiós frío. Nuestros antepasados cazaban con lanzas; nosotros con escopetas; es la única diferencia.



Cuadrilla completa cazando en la Sierra de Cameros.



En uno de los viajes que hicimos al txoko a principios de la década del 90, los amigos de la cuadrilla nos invitaron a una de esas cacerías al Moncayo, monte de Aragón; allí la cuadrilla construyó un refugio de categoría: cocina, comedor y dormitorio, todo amplio y acogedor; entraban con comodidad de 15 a 20 amigos; se hacía un sorteo tanto de los puestos de caza como de las tres personas que ese día se quedaban sin cazar y se preocupaban del almuerzo y del orden y aseo del refugio; el resto de madrugada subía a la cumbre a los puestos de caza; como a las once del día, empezaba el regreso y qué agradable era llegar y ver que la mesa estaba arreglada y la comida sazonándose a fuego lento.

Durante la comida se comentaba la caza de cada uno y las palomas que cayeron lejos y no las pudieron ir a buscar. Los que iban a la caza del jabalí llegaban más tarde, contando también historias



Los más amigos de pie: Juan, Mikel, Ortega, Félix. Imaz, Antxon, Garmendia.

divertidas, pero con una seriedad impresionante; había que escuchar, porque al día siguiente era el turno de otros; y así pasaban 7 ú 8 días, en una camaradería ejemplar, Imanol hacía de Lehendakari, jefe, era “jatorra” –natural, confiable–, todos le respetaban, no había problemas.

Otro gen fuerte que heredamos los vascos, es el “antipersonalismo”; no se aceptaba fácilmente jefaturas, no nos gustaba que nadie nos mandara, queríamos ser, “pares entre pares”. En estos tiempos de políticas globalizantes , estos conceptos han cambiado bastante; ha habido mucha emigración tanto para dentro como para fuera del País Vasco, y el sentido que tenían las sociedades ya no es el mismo, como tampoco el de las jefaturas; es el signo de los tiempos.

Dentro de la cuadrilla, había un amigo que se llamaba Felipe, pero todos lo llamaban *bushcando* y es curioso, pero él, ya estaba acostumbrado a que le llamaran así; según supe, el nombre les venía del tiempo de su abuelo, que como los demás niños, eran vasco-parlantes. Cuentan que de niño al ir a la escuela municipal –vivían en un caserío cercano al pueblo– uno de los días llegó tarde a clase, el maestro le preguntó... ¿Porqué llegas tan tarde? Y la respuesta entre vasco y castellano, fue esta:

*Maestro, pájaro visto  
Harria tirado  
hankan pegado  
busca, bushcando  
denbora pasado*

*Maestro, he visto un pájaro  
le he tirado una piedra  
que le pegó en la pata  
buscando, buscando  
se me pasó el tiempo.*

Y desde ese día, a él y a todos sus descendientes, se les conoce con el nombre de Bushcando. Son las curiosidades de los pueblos chicos y antiguos.

## Nuestra niñez en Oiartzun

En realidad, la vida en este pueblo, nos marcó para siempre. Infinidad de veces comentábamos y recordábamos con Koldo nuestra vida en Oiartzun; algo dije sobre ello en la primera parte de la Biografía y él también contó algo en su libro “Desde el Goierri hasta el Desierto de Atacama”.

Antes de meternos a fondo, hay que dejar en claro que en la mayoría de los pueblos de Euskal Herria, sobre todo en los de tierra adentro, la influencia de los curas en la formación de la niñez y juventud era abrumadora; para ello contaban con el beneplácito de nuestras amaxos, la mayoría de ellas eran de misa y comunión diaria, felices de vernos convertidos en unos santitos; por lo menos en apariencia, y también por aquello del “Santo Temor a Dios”.

Nuestra infancia fue de una rica vida espiritual. Todos los Domingos íbamos a comulgar a misa de ocho, después a casa a desayunar, —en aquel tiempo no se podía ingerir alimento alguno desde las 12 de la noche del día anterior—, acto seguido, a las 10,00 hrs, a Misa Mayor celebrada en el altar principal con tres sacerdotes, misa de Angelis cantada, con un organista excelente y un coro de voces privilegiadas. El día espiritual de los Domingo terminaba con las Vísperas de las 15,00 hrs; como ven, todo un record.

La parroquia de Oiartzun se construyó en un promontorio adyacente al pueblo; era y es una Iglesia grande, yo diría imponente, y ricamente ornamentada, al estilo antiguo, que invita al recogimiento.

Se decía que el sonido del tañido de sus campanas competía con la de los otros pueblos cercanos; así por ejemplo, el sonido de las campanas del pueblo de Pasajes Ancho (hay tres Pasajes: San Juan, San Pedro y Ancho) era fino, algo así como: miseria, miseria (miseria, miseria); el sonido de las campanas del pueblo de Rentería era un poco mas fuerte: gure bai, gure bai (nosotros también, nosotros también); y el de Oiartzun era fuerte y ronco de verdad: Hor konpon, hor konpon (allá ustedes, allá ustedes). A Rentería hay 5 kilómetros y a Pasajes alrededor de 15, pero el sonido se escuchaba perfectamente.

Al atardecer de los días Domingos salía el txistulari Mendizábal con su txistu (especie de flauta pequeña) y su ttun ttun (tamboril) cubierto con borlas rojas y colgado de su hombro, tocando bailables del folklore vasco; eran bailes “al suelto”, vale decir, separados y con movimientos de pies y brazos, recuerdo parte de la letra de un bailable arinarin:

*Andre Madalen, Andre madalen  
laurden erdi bat olio.  
Aitak saria ekartzean  
Amak ordainduko dio*

Traducción libre: *Señora, señora, déme usted un cuarto de aceite, cuando el padre traiga el dinero y la madre ya le pagará.*

Cuando le tocaba el turno a la gramola, por descansos que hacía el txistulari, se escuchaban canciones para bailar al “agarrado”, tomando a la pareja por la cintura; no todos se atrevían a bailar de esa forma, pues al Domingo siguiente después del sermón de la Misa Mayor, eran nombrados desde el púlpito, con las consiguientes miradas furtivas entre

la juventud. A principio de la década de los cuarenta, los sacerdotes perdieron influencia y aflojaron en los controles y poco después todo aquello era historia del pasado.

Había un sacerdote que se ganó el cariño de todos en general; pero sobre todo el de la juventud; era el Rvo Padre. Don Pablo Irigoyen, vasco de tomo y lomo, que además de ser un insigne musicólogo, era el organista de la iglesia y director del excelente coro que formó y que solemnizaba todos los actos litúrgicos; recordábamos con Koldo y tara-reábamos muchas veces algunas de las notas de la liturgia. Al cerrar los ojos, todavía resuenan en nuestros oídos las voces magníficas de los hermanos Zalacaín –tenor y barítono–, Inostroza, Irigoyen y otros más.

Cómo quedaríamos marcados con las enseñanzas, cantos y coros del padre Irigoyen, que en uno de los últimos viajes que hicimos los tres hermanos al txoko, tomamos contacto con nuestros amigos de la niñez en Oiartzun y quedamos de acuerdo en juntarnos y cenar en la sociedad que ellos construyeron en los faldeos de Monte Urkabe, hacia el lado del barrio de Gurutze, camino a Irún y Francia.

Llegamos con nuestros amigos de Hernani, entre ellos también se conocían. Después de una opípara cena, llegó la hora de los cantos y no nos van a creer, porque hasta los mismo hernaniarras estaban extrañados. Sin ponernos de acuerdo de antemano, cantamos la Misa de Angelis completa, vale decir: Kyrie, Gloria, Credo, Sanctus y el Agnus Dei. Contando los cinco hernaniarras, éramos veintitrés, por lo tanto estábamos cantando diez y ocho hombres, todos mayores de sesenta años, recordando nuestra niñez; la emoción que nos embargaba fue algo indescriptible.

No contento con todo lo que hacía, Don Pablo creó lo que llamó, los “gudaritxos” (soldaditos); como por razones obvias no se podía usar esa palabra por su aproximación a “gudari” –soldado vasco en la Guerra



Civil– nos puso el nombre de “cruzados”; no nos olvidemos que recién había terminado la guerra civil y que los vascos perdimos. Íbamos formados a las procesiones y paseos a otros pueblos.

Usábamos de vestimenta unos mandiles blancos con una cruz roja grande tanto en el pecho como en la espalda y nos colocábamos colgada del cuello una cinta roja que terminaba a la altura del pecho en una cruz metálica de cuatro aspas, en el anverso tenía la imagen de Cristo Rey con las siguientes inscripciones en tres de las aspas: Adveniat – Regnum – Tuum; y en el reverso tenía la imagen de la Virgen María, con las siguientes inscripciones en dos de las aspas: Apostolatus – Oraciones. Más de alguno dirá... ¡cómo puede recordar esos detalles!

Muy fácil, tengo delante de mis ojos la cinta roja que usaba colgada al cuello, hace ya la friolera de 65 años; estaba envuelta y guardada en una pequeña cajita de tapa amarilla de un remedio que se usaba en aquellos tiempos llamado Painflavina y que según dice, era para “La desinfección de las cavidades bucal y faríngea”, de la Bayer, en Leverkusen-Alemania. Estaba en el fondo de una maleta que hacía años no se abría.

En la referencia que hace Tolomeo cuando nombra algunos pueblos vascos, entre otros está el de Oiasso, que como dijimos antes no hay duda que se refería a la actual Oiartzun, atribuyendo a los vascones toda la región desde el Ebro hasta los Pirineos, ese pequeño pueblo era conocido por la gran mina de hierro y galena argentífera que existía en los faldeos de los montes llamados Peñas de Aia en las inmediaciones del poblado de Karrika; la gran mina de Ardituri.

En la antigüedad fue trabajada intensamente durante dos o tres siglos con varios kilómetros de galerías subterráneas; se supone que después hubo un largo período que estuvo inactiva, porque las últimas operaciones mineras fueron en los primeros años de la década de los 40.

Conocíamos al administrador; era un ingeniero de minas de apellido Álvarez que vivía en Beheko-Plaza y su hijo era de nuestra edad, amigo de juegos.

Desde la mina de Ardituri hasta el Puerto de Pasajes –lugar donde se embarcaban los minerales– había un ferrocarril de trocha angosta que pasaba por los poblados o barrios de Karrika, Alzibar, Iturriotz y Ugaldetxo, para llegar finalmente a Pasajes.

Recordábamos con Koldo que junto con Ernesto y otros amigos: Félix, Ramón, Josu, Manolito; nos subíamos a unos carritos bajos, creo que se llamaban “volandas”, y dábamos grandes paseos por la vía del tren; en una oportunidad llegamos hasta el mismo descargadero de Pasajes; no nos dábamos cuenta que estábamos transitando por una vía milenaria, con un impresionante historial a cuestas. En esa época, aproximadamente 1940, había poco trabajo en la mina, al parecer estaban repasando los desmontes; poco después cerró definitivamente.



## Navidad en Oiartzun

Capítulo aparte merecen nuestras fiestas navideñas; entre los vascos nos solemos saludar con las palabras “Zorionak eta Urte Berri on”, esto es, “Felicidades y Feliz Año Nuevo”; por curiosidad revisé el Diccionario Vasco para saber si la palabra Zorionak tenía alguna otra acepción, pero no, dice escuetamente que significa “felicidades”. Para nosotros que éramos niños vascos criados en aquel ambiente tan familiar y de tanto amor, simbolizaba mucho más que eso; era toda la magia amorosa y festiva que encerraban los días 24 y 25 de Diciembre, “Noche Buena y Navidad” y de un personaje de la mitología vasca, “El Olentzero”, que llegaba ese día de lo más profundo de los bosques.

Recordábamos con Koldo que el día de Noche Buena, los chavales, mi caso, antes lo hicieron ellos, llevábamos a ese personaje en angarillas por las calles del pueblo; y ellos, al atardecer, recorrían las calles cantando villancicos y pidiendo monedas o algo para después festejar; si la dueña de casa no daba nada, se le cantaban estrofas despectivas.

Estudiosos como el historiador y etnógrafo, Don Julio Caro Baroja, en sus libros describe todo lo relacionado con los vascones, desde la parte etimológica hasta sus límites y relaciones con sus vecinos, pero cuando llega a ese personaje llamado Olentzero, una espesa niebla cubre la senda de los últimos pasos que hay que dar para definirlo.

Autoridades como Lekuona y otros, lo relacionan en alguna forma con la alegoría de Noel; Caro dice que es una reminiscencia de un

semidiós pagano; fui nuevamente al Diccionario de la Lengua Vasca, y me dice que es: “Personaje alegórico Vasco de la Navidad”.

La tradición nos dice que era un personaje desconocido, que vivía en lo más espeso de los bosques y bajaba a los pueblos en Navidad, o mejor dicho, su llegada a los pueblos anunciaba el nacimiento del Niño Dios; y que esa noticia había que comunicarla, por eso lo paseábamos por todo el pueblo en angarillas, sentado y con su pipa entre los dientes, anunciando la buena nueva, cantando canciones en referencia a su condición y anunciando el nacimiento del Niño Dios. A nuestro entender, su origen se pierde como las neblinas entre las espesuras de lo desconocido; igual que el origen de los Vascos.<sup>3</sup>

Durante los tres últimos meses del año y hasta el 24 de Diciembre, nos preocupábamos en confeccionar lo mejor posible un mono –figura humana– de tela y relleno con paja y aserrín, dándole la forma de un hombre de mediana edad, calzado con albarcas, pantalón mendigoizale, una camisa y sobre ella la blusha, entre los dientes una pipa y en la cabeza la txapela y sus manos apoyadas en la makila; armado el Olentzero, lo sentábamos en una angarilla hecha exprofeso, con mi amigo Manolito Zalacaín atrás y yo adelante, salíamos a recorrer el pueblo, casa por casa; llegábamos a una de ellas, bajábamos al Olentzero, tocábamos la puerta y en cuanto abrían, empezábamos a cantar:

*Olentzero joan zaigu mendira lanera,  
Intentzioarekin, ikatz egitera.  
Aditu duenean Jesus jaio dela  
Lasterka etorri da berri ematera.  
Horra, horra, gure Olentzero*

---

<sup>3</sup> Se menciona el Olentzero en escritos ya en el siglo XVI.

*pipa hortzetan duela, eserita dago  
kapoia ere baitu arrautzatxoekin  
bihar meriendatzeko, botila ardoakin.*

Traducción libre: *“El Olentzero se nos ha ido al monte, con la intención de hacer carbón.  
Cuando ha oído que ha nacido Jesús ha venido corriendo a dar la nueva. Horra, horra,  
nuestro Olentzero. Que tiene la pipa entre los dientes, está sentado, también tiene un  
capón con huevitos para merendarlo mañana con una botella de vino”.*

Había más estrofas, recuerdo que en una de ellas, se anunciaba el nacimiento del Niño Dios. Nos daban monedas o frutas; una de las veces una señora amiga de la amatxo, nos dio un duro –cinco pesetas– toda una fortuna para aquellos tiempos.





## Memorias de la Guerra Civil

Trágico y sangriento episodio que nos tocó presenciar y vivir a los habitantes de la Península Ibérica; una de las generaciones que tuvo que sufrir sus consecuencias fue la nuestra y además como si fuera poco, a continuación, y sin respiro, vino la Segunda Guerra Mundial; si bien no fue en los campos de batalla, sí estuvimos acorralados entre dos bandos antagónicos; al final la consigna era, “sálvese quien pueda”.

Cuando comenzó la guerra, aquel lejano y fatídico 18 de Julio de 1936, Koldo tenía diez años, Ernesto ocho y yo cinco. Vivíamos felices en Oiartzun, (ya explicaba escuetamente en la parte de la biografía algo referente al pueblo). Era pequeño de casco (plaza y casas), pero grande en extensión de campos verdes y bosques; en ellos nos metíamos a buscar setas y a jugar; recuerdo que había un piso mullido de musgo, al correr hacíamos el quite a viejos árboles caídos, otros no tan viejos, pero que un rayo los partió y estaban botados en el suelo, al moverlos salían algunas zizares (lombrices) y se veían algunas raíces que se abrazaban a los troncos y se adherían con fuerza a la madre tierra, como queriendo ser todavía parte del bosque, no querían desaparecer.

Dentro de los bosques, solíamos sacar de los árboles unas protuberancias, especies de hongos, que emergían de los mismos troncos. En vasco lo llamamos “kardakia” y que en el día de la bendición del fuego, lo hacíamos bendecir, después le prendíamos fuego e íbamos de casa en casa esparciendo algo de su ceniza en las cocinas a leña o carbón. Costumbres ancestrales de los remotos tiempos de vida de los vascones.

Quizás con eso ahuyentaban de la casa a los malos espíritus. Ya no hay, ni bosques nativos, ni cocinas a leña, ni kardakia, y, al parecer, ni malos espíritus.

Pero no nos perdamos; estábamos al comienzo de la guerra civil y viviendo en Oiartzun. Los acontecimientos se precipitaron rápidamente, a los pocos meses del comienzo de la guerra, cae San Sebastián, capital de Gipuzkoa, en manos del General Mola y poco a poco, como las cartas de un naípe, van cayendo todos los pueblos gipuzcoanos, no sin antes presenciar las tropelías de ambos bandos, asesinando sacerdotes, monjas y hasta obispos, en otras regiones; sin tomar en cuenta a las personas que asesinaban por pensar distinto del mando de turno; era la barbarie en su máxima expresión.

Para los que no están muy interiorizados del por qué y quiénes eran los que peleaban y de la fulminante entrada del General Mola y sus requetés en Gipuzkoa, debo decir que los vascos no nos habíamos preparado para la guerra, ni siquiera teníamos armas; las únicas que manejábamos eran escopetas, siempre fuimos cazadores. También hay que aclarar que los vascos nos quedamos con el Gobierno Republicano establecido y ese día 18 de Julio de 1936, se levantaron en armas, los militares al mando de los Generales más conocidos: Queipo de Llano, Franco, Sanjurjo, Mola y otros; los dos últimos nombrados murieron muy pronto en sendos accidentes de aviación, dejando el camino expedito para que Franco asumiera el mando de generalísimo.

Gobiernos extranjeros sobre todo; Rusia, Alemania, e Italia, en menor escala Francia, apoyaron mandando armas y algunas tropas, el primero de los nombrados, estaba con el Gobierno Republicano y el segundo con Franco; los siguientes sucesos son de todos conocidos. No vamos a contar los muertos, para saber quien de los bandos asesinó más clérigos y civiles; ambos lo hicieron; ahí reside el mal...

Durante más de sesenta años, nunca hablamos de estos acontecimientos, no preguntéis por qué, sencillamente no lo hicimos. Sin embargo ahora, en la hora nona y en las charlas de sobremesa y otras con Koldo, es increíble con cuánto detalle recordábamos esos episodios; él con mas nitidez que yo, por la edad, pero en realidad eran las mismas cosas contadas tal cual sucedieron y sin diferencias de apreciación.

En cierta ocasión, estábamos los tres hermanos jugando cerca de casa con un basurde chico (jabato), que aita trajo de su última cacería, cuando de repente aparecen en el cielo, encima nuestro, dos aviones enemigos; rápidamente nos abrazamos a un árbol y entre su follaje veíamos las peripecias que hacían y sentíamos el ruido de sus ametralladoras; no cayó ninguno, al parecer tenían mala puntería; después de un rato, cada cual partió a su aeródromo, que no debería estar muy lejos.

Otra de las veces, estando jugando con mis hermanos cerca de la casa, sin darme cuenta bajé con el jabato unos cincuenta metros en dirección al pueblo; cuando de pronto veo subir corriendo por el pasaje a un amigo de aita de nombre José Antonio; a media cuesta se encaramó en el muro que estaba a la izquierda del pasaje, más o menos a la altura de la primera estación del Vía Crucis que empezaba ahí y terminaba en la cumbre de Monte Urkabe, una vez que estuvo en lo alto del muro de dos metros de altura aproximadamente, me miró y me dijo “Juanitó, isilik mesedez”, esto es “Juanito, calla por favor, no digas nada”, y saltó al otro lado que daba a unos maizales; al poco rato vino al trote una cuadrilla como de 6 soldados, llegando a mi lado me preguntó uno de ellos. “Chaval... hacia donde fue ese hombre” ¡Por supuesto que le indiqué el lado contrario al que había ido. ¡Son pequeños y al mismo tiempo grandes detalles que pudieron salvar una vida; con todo ese lío que se armó, salió amatxo y nos metió rápidamente en casa.

Decenas de acontecimientos como esos pasaron en los tres años de esa fatídica guerra, como aquel cuando estábamos por salir del garaje

toda la familia en el autobús, porque había una alerta de bombardeo y era más seguro salir a campo abierto, de repente arreció la intensidad del bombardeo y no pudimos hacerlo, nos tuvimos que quedar adentro y quedó la puerta del garaje abierta, con la idea de salir en el autobús.

Cuando terminó el bombardeo, vimos las escenas más terribles y oímos los gritos de dolor más desgarradores; los heridos y mutilados, con miembros sangrantes, eran llevados en camillas; no nos olvidemos que en los pueblos chicos no había refugios. En nuestras retinas de niños, quedaron grabadas para siempre esas imágenes de los horrores de la guerra.

## Personajes pintorescos de Oiartzun

En todo pueblo pequeño y viejo, hay lugareños, otros que llegan y se quedan, que llaman la atención por alguna circunstancia de sus vidas; se arrinconan entre sus vetustos muros y conocen todas las tablas brillosas de los asientos de las plazas y se les ve deambulando por los gastados adoquines de sus calles.

Generalmente son de un dulce mirar, pacíficos y bondadosos; por supuesto como en todas las cosas de la vida, hay excepciones, como la del pequeño y misterioso hombrecito que trajeron un día a Oiartzun; no medía más de metro y medio y cargaba una gran joroba en la espalda; lo albergaron en el asilo del Colegio de las Monjas de la Merced, donde estudiábamos todos los niños del pueblo; lo llamábamos “Soinu konkoxua”, algo así como, “jorobado mete-bulla o malo”.

Todos los niños le hacíamos rabiar gritándole cualquier palabra ofensiva; él se defendía tirándonos a la altura de los pies su makila (bastón o vara). Siempre andaba con él; pienso que también le serviría de apoyo; con los gritos y carreras, salían las monjas y Soñu se iba; había una monja que nos defendía siempre, Sor Irene; nos tenía un afecto especial.

Koldo, en su libro antes nombrado, lo define en forma magistral, sic: “Era el último Troglodita, llegó envuelto en una aureola de misterio, lo rescataron desde las cuevas del Jaizkibel, donde vivía solitario, seguramente vivía escuchando los húmedos ecos repetidos en cada caverna de su escondite”.

Era huidizo y rara vez hablaba con alguien; tenía una mirada entre asustadiza y escudriñadora, como que nos preguntaba a nosotros... que hacía ahí, pienso que ni él mismo sabía quien era; por lo menos en el asilo tenía comida todos los días y una cama donde descansar. Se comentaba en el pueblo que hambriento salió de sus cuevas a buscar alimento en los caseríos cercanos, mejor dicho a robar gallinas o lo que fuera; dieron cuenta a las autoridades y lo pillaron, lo llevaron al pueblo más cercano que resultó ser el nuestro. Nunca nadie supo quien era, ni su nombre, ni por qué vivía en las cuevas; nunca más se fue del pueblo, y vivió y murió con el nombre de Soinu.

Otro personaje pintoresco del pueblo era “Dulcemeneo”. Vivía también en el asilo, tenía un avanzado mal del “Baile de San Vito”, tenía un permanente temblor en sus manos y cuando iba a la iglesia, nosotros niños travessos estábamos atentos al momento de persignarse, estábamos pendientes de las veces que repetía y tocaba su frente, la boca y el pecho y muchas veces le fallaba la puntería, no dominaba bien los movimientos y se tocaba cualquier parte del cuerpo. Era el único amigo de Soinu, no sé que hablarían o si lo hacían; pero siempre los veíamos sentados juntos en los bancos, a la sombra de aquel pequeño bosque de plátanos.

Ya que hablamos de personajes pintorescos, recordábamos con Koldo que cuando las fuerzas militares entraron en la Capital de Gipuzkoa, San Sebastián, y en los pueblos, lo primero que hacían era nombrar Gobernador Provincial y Alcaldes a gente de su confianza, algunos de ellos, vascos, ...nunca faltan. La forma habitual de dar a conocer a la ciudadanía los acontecimientos del día a día de la guerra, era anunciando con un vocero, que recorría el pueblo y decía por ejemplo: “Mañana a las doce del día en la plaza, el alcalde dará a conocer al pueblo los movimientos de la lucha por la liberación”.

Recordábamos que lo que más nos impactó fue ver a un alcalde vasco hablando en un mal castellano, anunciando los pormenores de la

guerra; lo nombraron alcalde solamente para usarlo como palo blanco, no tenía ninguna preparación; vivía de una tienda que atendía en el barrio de Iturriotz; ese día salió al pequeño balcón del Ayuntamiento que quedaba en la plaza del pueblo; en los altos del frontón de Pelota<sup>4</sup>. La puerta de entrada coincidía aproximadamente con el cuadro del cuatro; a la derecha tenía como muro, unos arcos en toda su extensión; a la altura del cuadro uno estaba la puerta de entrada a la alhóndiga, bodega de abastos.

Bueno, estábamos con el Alcalde en el pequeño balcón que quedaba en la plaza del pueblo y donde se habían congregado aproximadamente unas trescientas personas; detrás de él, estaba el Alcalde saliente, hombre preparado y que actuaba como el consueta en el teatro; empezó diciendo más o menos lo siguiente: “Hay noticias importantes en el frente de batalla, las tropas nacionales se han tomado varias plazas fuertes, ...hacía un lapso, se tomaba un vaso de agua, esperando las palabras del consueta y proseguía, ...pero en el frente de Aragón, los rojos avanzan por carretera”. Las risas disimuladas abundaban entre la multitud, y seguía con su perorata. La gente, poco a poco, se iba retirando; los discursos no duraban más de media hora. Esa era la vida en los pueblos, durante la guerra.

Antes nombré la alhóndiga. Mucha gente quizás no sepa lo que significa; era la bodega de abastecimiento donde se guardaba los alimentos. Se me olvidaba decir que la comida estaba racionada, nos daban para todo el día un pequeño pan negro, de no más de doce centímetros

---

<sup>4</sup> Los campeones indiscutidos por parejas eran los hermanos Olaizola, oiartzuarras de toda la vida (tíos de Feliz Irurzun, amigo nuestro); muchas parejas de otros pueblos venían con la sola idea de ganarles, pero no podían. Como mano manista (individuales) y dentro de los cuadros del cuatro y medio –los entendidos lo llaman “cuadros alegres”– el mejor era otro amigo nuestro, Josu Urriolabeitia, de una habilidad poco común, pero no siguió en el profesionalismo; prefirió estudiar una carrera.



de largo por unos seis de ancho, también recuerdo que el azúcar que llegaba era entre rubia y negra, húmeda y pegada a unos sacos de mala calidad y así era todo lo demás; en realidad era un verdadero caos, por eso hay que evitar las guerras, tenemos que saber entendernos antes que hablen las armas, porque una vez que hayan empezado a hacerlo, nadie sabe donde ni cuando van a terminar y el dolor que van a causar.

## **Adolescencia y Juventud en Hernani**

Si bien es cierto que nuestros recuerdos más tiernos, sin malicia, los tenemos en Oiartzun, dado que son recuerdos de la niñez y media adolescencia; no es menos cierto que los recuerdos de la plena juventud, de ese despertar a la vida, ocurrió en Hernani; con todo lo que representa esa época, esos sucesos también quedaron grabados para siempre en nuestras mentes; con otro tipo de emociones y sentimientos.

Oiartzun era un pueblo bucólico en su máxima expresión, pastoril y campestre por esencia; no había industrias, por lo tanto, se vivía con los tiempos del campo, que son más lentos; se siembra, se espera meses para que salga el grano y madure y después se recolecta, es decir, no se pueden apurar los procesos. Los que no trabajaban en sus propios campos lo hacían en las industrias de los pueblos vecinos: Rentería –que sí las tenían– Pasajes, puerto de mar, e inclusive en San Sebastián; los otros que trabajaban sus campos, poco iban al pueblo; todos saben que la vida de campo es muy sacrificada, pues se trabaja de sol a sol, por lo tanto no tenían tiempo para la vida social; las pocas personas que vivían en el casco del pueblo, tenían pocas novedades y se contentaban con el aburrido diario vivir.

Hernani era todo lo contrario; también tenía campo con sus caseríos y sus montes, pero lo que lo diferenciaba de Oiartzun, era que tenía varias e importantes industrias: tres papeleras, maestranzas y otras empresas de servicios, eso daba mucha vida; además, en relación con las industrias, había una importante circulación de personas que

salían y entraban al pueblo, con otras ideas y otra forma de ver la vida, había opinión sobre los problemas contingentes y se conversaban los temas.

En realidad, por costumbre, los vascos discutimos más que conversamos los temas; también había en el pueblo una banda de música que todos los Domingos tocaban en el paseo de los Tilos, cerca de la Iglesia y del frontón; el nombre viene del pequeño bosque de árboles de tilo que estaban muy bien cuidados y recortados y que a la sombra de su follaje y en un piso de tierra al principio y concreto después, se bailaba.

Era muy divertido, pues al empezar la música, salían a bailar parejas de chicas, los chicos también en parejas, salían al ruedo a elegir las que más les gustaban. Entonces nos acercábamos a ellas, siempre



Iglesia, Ayuntamiento, Arcos y Plaza de Los Gudarís de Hernani.

eligiendo el lado donde estaba la elegida de uno y se les preguntaba... “¿bailamos?”, si decían sí, se separaban ellas y cada uno tomaba a su chica y a bailar se ha dicho, y si decían... no, fuera de la pequeña vergüenza que pasaban los chicos, no pasaba a más; había que elegir a otra pareja y esperar que dijeran... sí.

Todos los domingos el paseo de los tilos era un hervidero de jóvenes de ambos sexos que venían de todos los pueblos cercanos, y no tan cercanos, a bailar; era impresionante el gentío. La mitad de la gente venía a divertirse y la otra mitad a buscar su pareja definitiva; pues no había muchos lugares donde pudieran conocerse y entablar alguna conversación dirigida al fin deseado. Los recaudadores, empleados municipales, recorrían toda la cancha bailable colocando en la solapa de los chicos un pequeño sello y había que pagar una pela (peseta); ese pago le daba derecho a bailar toda la tarde.



Amatxo y tía Lupe, bajando por el Paseo de Los Tilos.

Cuando llovía, la cancha bailable se trasladaba a la pequeña plaza –“Plaza de los Gudarís”– que hay frente a la entrada principal de la Iglesia y a los arcos que están al lado, (y que en su segundo y tercer piso está el Ayuntamiento). El espacio dentro de los arcos era muy estrecho y más que bailar, se empujaba y le empujaban a uno; pero en fin, la cosa era tener abrazada a la chica. Estos bailables al aire libre de los Domingos en Hernani eran famosos; increíble, pero de San Sebastián venían infinidad de jóvenes, tanto chicos como chicas, digo increíble porque se suponía que los donostiarras podrían tener lugares más galanos que la de los tilos y los arcos; siempre se sintieron algo especiales por ser de la capital de Gipuzkoa.

Ese ambiente fue el que encontramos al regresar a Hernani, allá por 1945-46. Koldo empezada sus estudios de Medicina en Valladolid, Ernesto terminaba los suyos en Pamplona y yo cursaba 4º año de bachillerato en San Sebastián. Teníamos cuadrillas y sociedades de amigos distintas; cinco años de diferencia es mucho decir a esa edad, teníamos gustos y diversiones diferentes, poco menos que nos miraban como niños y esa jerarquía se respetaba; siempre fue así, además teníamos nuestros amigos de la misma edad y con las mismas inquietudes; ni nos importaba lo que hacían los mayores; en la edad adulta, esa diferencia ni se nota.

Pero cosa curiosa, a pesar de haber tenido distintas visiones de acuerdo a la edad de cada uno, los recuerdos que guardamos en nuestra memoria durante sesenta años y que después los desempolvamos en esas conversaciones de sobremesa, eran los mismos episodios con matices distintos, de acuerdo a los ojos y edad de cada uno, pero lo medular era lo mismo.

Ya comenté en biografía que volvimos a vivir a Hernani, a la misma casa donde lo hicimos antes y donde yo nací “Kale Nagusia N° 15”. Como todas las cosas en la vida, cuesta acostumbrarse a una

nueva forma de vida, mucho más agitada y con menos contacto con la naturaleza. Nos convertimos de baserritarras (gente de campo) en kaletarras o kaleume (gente de la calle, niños del pueblo); pero por suerte, muy pronto la realidad fue otra.

Aproximadamente como a cinco kilómetros del pueblo en dirección a la montaña, estaba el caserío de la familia de la amatxo, “Diustegi”, después parte sería nuestro, ya que los tíos: Marcel, Sebastiana y tía Lupe, que eran los que vivían en él, eran solteros; la pena, que con la muerte del tío Marcel se terminó el apellido Abalibide o Abalabide, algo así como el último Mohicano.



El caserío Diustegi remozado.

Los tíos, como personas mayores y solitarias, no tenían muchas alegrías en la vida; eran más bien reservados; nosotros, con nuestras risas y travesuras, les infundíamos algo de nuestra juventud a ellos y también cooperábamos en las faenas del campo, no sería mucho, pero sí lo intentábamos. De esa forma, nos convertimos en mitad baserritarras y mitad kaleumes; tuvimos la gran suerte de poder vivir esas dos experiencias de vida, la agitada del pueblo y la de la paz y sosiego del caserío, con sus campos cubiertos de margaritas en primavera, el canto de los pájaros, el susurro inconfundible de las aguas de los riachuelos en los bosques y tantos otros detalles que la naturaleza nos regala; fuimos privilegiados al poder ver y sentir esas maravillas.

En aquel tiempo y en referencia a los caseríos, no nos dábamos cuenta de muchas cosas que ahora sí supimos aquilatar en su verdadero valor; estos detalles lo comentábamos con Koldo muchas veces; por ejemplo, la forma que se construían los caseríos.

Generalmente eran construcciones sólidas en altura, de tres pisos mínimo; en el primero estaban las cuadras del ganado, algunas bodegas donde se guardaban las semillas y demás cosas, pero había una bodega muy especial y era la que se destinaba a lagar, donde se prensaban las manzanas para preparar la sidra, que después se embotellaba para tomarla durante el año; además estaba la cocina y el comedor de uso diario; en la cocina había un fogón con su chimenea de piedra al exterior y donde se colgaban de un gancho las ollas grandes y los baldes para calentar agua, también servía para otros menesteres, además estaba la otra cocina a leña donde se preparaba la comida diaria.

En el segundo piso, estaban las habitaciones sobre la cuadra y en el centro, el comedor grande para las celebraciones de las principales festividades del año, como ser, entre otras: Noche Buena, Navidad, Noche Vieja y Año Nuevo. Detengámonos un poco en ese detalle de las “habitaciones sobre las cuadras”. Por Dios que eran sagaces y prácticos

los vascos, las hacían así porque aprovechaban el calor que daban las vacas en las cuadras, que estaban precisamente debajo de las habitaciones, separadas, por supuesto, por la doble tabla del piso.

No nos olvidemos que los caseríos se construían en los faldeos de los montes y en las pequeñas explanadas que había entre ellos. El País Vasco siempre se ha caracterizado por su clima frío y lluvioso y eso traía consigo mucha humedad que calaba hasta los huesos y llegaba para quedarse, además los inviernos eran crudísimos; por lo tanto, todo lo que era calor venía bien y mejor si era gratis.

Y en el tercer piso, estaba la ganbara (desván) donde se guardaba parte de la hierba, que por una abertura en un rincón comunicaba con los comederos de la cuadra; en un sector determinado de la ganbara y entre la hierba, se guardaban las peras, manzanas, nísperos, que todavía estaban un poco verdes, y las hurras (avellanas) e intxaurras (nueces), sacadas de los árboles frutales que había en todos los caseríos, y que servían los primeros como postre para el largo invierno y los dos últimos para el hamaiketako (un bocado a las once) y la merienda a la tarde; estaba todo estudiado.

En todos los caseríos, se criaban vacas y en los más grandes además tenían un par de bueyes para arar la tierra; también se criaban, cerdos, ovejas, conejos y gallinas; sin tomar en cuenta las hortalizas de la huerta, (todo eso se vendía a los kaletarras); todos los años se mataba un cerdo, con la sangre se hacían unas odolkiak (morcillas) sabrosísimas que se compartían con otras partes más del cerdo con los caseros vecinos, y con las piernas se hacían jamones, que precisamente se guardaban en la ganbara, envueltos en sacos con sal y con una piedra grandota encima. Así de primitiva, bonita y práctica era la vida en los caseríos y la de los baserritarras en particular; vivían en total comunión con la naturaleza, era gente sana y confiable, en dos palabras, gente buena.



También hay que decir que el trabajo en los caseríos era abrumador, el terreno no permitía maquinaria, pues había muy poco terreno plano, la mayoría de los campos eran subida y bajada de pequeñas lomas y algunas no tan pequeñas, que terminaban allá... abajo, donde se juntaba con la otra loma y en el medio corría un riachuelo formado por el escurrimiento de las aguas lluvias. Crecían diversas especies de árboles, entre otros, robles, y a su sombra aparecen los más ricos perretxikos (setas). En la larga hondonada se iban formando pequeños bosques, desde donde se oía, en escasas ocasiones, cantar al Kuku, solamente canta en primavera, en Mayo, hay un canto en alusión a ello; dice la leyenda, que si el primer canto del kuku te encuentra con dinero en el bolsillo, no te faltará durante el año. En una oportunidad, oímos el canto y bajamos con Koldo al pequeño bosque, que había en el camino al caserío; la intención era ver al escurridizo pájaro, pero nos fue mal; nuestro consuelo fue que teníamos algunas monedas en el bolsillo.

Comentaban los baserritarras, que sí vieron en alguna oportunidad al kuku, que estos pájaros ponen sus huevos en los nidos de otras especies de aves, botando previamente parte de los huevos originales, de modo tal, que su cría crece junto a las otras; a pesar de que la cría del kuku es mayor, la madre pájaro no se percata y alimenta por igual a su nidada.

## El ciego de Legarralde

Además de los tíos antes nombrados, que vivían en su caserío de Diustegi, solía llegar un primo de ellos por parte de madre de apellido Arrieta; la amatxo y sus hermanos eran, Abalabide, Arrieta, Etxarrain, Ochotorena; se llamaba Miguel Mari; para nosotros el tío Miguel Mari. Tenía unos hermosos y grandes ojos celestes, siempre abiertos, pero lamentablemente sin vida, era ciego; pero ese detalle no fue problema para él, pues hizo una vida casi normal, trabajando en su caserío de Legarralde.

Cuando murió, el año 1957, nosotros ya estábamos en el Desierto de Atacama. Recibimos de nuestro primo Joaquín Garmendia Abalabide, que era como hermano, una fotocopia de un artículo que se publicó en el diario vasco DEIA, titulado “El ciego de Legarralde”, lo firmaba la periodista Srta. Teresa Amuategi, donde precisamente hablaba de esa vida en las tinieblas y sin embargo cómo con la luminosidad de su alma, transmitía todos los valores que son los que prevalecen en la vida de las personas. Comentábamos con Koldo que nos hubiera gustado conocerla y contarle nuestras experiencias de vida con el tío Miguel Mari.

Todos los años solía venir al caserío a mediados del Otoño a pasar una temporada con sus primos; Koldo con su sensibilidad a flor de piel, describe en su libro, magistralmente ese momento, dice, sic: “Llegaba a Diustegi como las aves migratorias, en una época del año en que la naturaleza se aletarga y la luz se torna incierta, trayéndonos los aromas profundos del musgo y del helecho, junto a la frescura del aire de las laderas del Onyi y el perfume de sus hayales”.

Siempre estaba haciendo algo, nunca lo vi ocioso, le daban por misión desgranar las mazorcas de maíz; lo hacía con una habilidad impresionante, colocaba en una mano una mazorca ya desgranada y en la otra, una a desgranar, y con un movimiento rápido de manos, haciendo un poco de presión sobre las mazorcas, la dejaba desgranada en cosa de segundos. En los descansos, nos contaba cuentos e historias de los habitantes imaginarios de los bosques; solamente hablaba vascuence; En uno de los viajes que hicimos al txoko, fuimos con Koldo y Ernesto al caserío de Legarralde, lo tenía un sobrino de él, de apellido también Arrieta; con él hicimos los últimos buenos recuerdos de nuestro querido tío Miguel Mari.

Solía regresar a su caserío de Legarralde, generalmente los primeros días del mes de Diciembre, pero uno de los años se quedó a pasar la Navidad en Diustegi. Las festividades navideñas eran memorables en nuestro caserío. A la cena de Noche Buena, no faltaba ningún miembro de la familia; todos hacíamos honor a la letra y espíritu de esa nostálgica canción navideña vasca, que en otro capítulo anterior explicaba su significado y cuyo título es: “Hator, hator mutil etxera”.

Por lo general, en esa época del año, invierno, y precisamente en esos días, solía llover o nevar y el frío era intenso. Recordábamos con Koldo que el día de Noche Buena, solíamos estar con nuestros amigos del pueblo como hasta las siete de la tarde; a esa hora, nos juntábamos los tres hermanos con nuestro primo Joaquín para subir al caserío y llegar a tiempo para la cena familiar; siempre éramos los últimos; nuestros mayores ya estaban en el caserío, unas preparando la cena, tía Sebastiana, y las tías Lupe y Dolores junto con la amatxo, se preocupaban de todo lo demás. El tío Marcel, el jefe de la casa, con los trabajos inherentes al caserío.

El año que se quedó el tío Miguel Mari para las Navidades, conocimos una nueva versión del Olentzero. En un capítulo anterior

me referí al significado que tenía para nosotros el Olentzero en Oiartzun, pueblo este cercano a Francia y seguramente con influencia del Noel de ellos. Ese año, estando todos en la cocina, previo a la cena, de repente cayó en medio de nosotros una especie de abarca; el grito agudo de la tía Sebastiana puso en alerta al tío Miguel Mari –no nos olvidemos que era ciego– y la acompañó en los gestos y en los gritos; enseguida y una vez calmados los ánimos, nos contó su versión sobre el olentzero.

Ya hemos dicho que el caserío Legarralde donde vivía él, estaba ubicado en los faldeos de un enorme monte, Onyi, entre hayales y helechos; rara vez tendrían más de un par de horas de sol y seguramente sus visiones eran siempre las mismas; cuando miraban hacia lo alto, sólo verían las copas altas de árboles corpulentos, movidos por fuertes vientos, cubiertos de brillantes gotas de agua en tiempos de lluvia, que era lo habitual y que apenas se veían entre la espesa niebla.

Con los mitos propios de los pueblos ancestrales como los vascones, y entre nubes y neblinas que corrían raudas sobre las copas de los árboles, creían ver aves imaginarias; para el caso que nos preocupa, el tío Miguel Mari nos contaba que para el día de Noche Buena, esta ave extraña entraba a las casas por la gran chimenea de piedra con salida al exterior por el techo, que había en todos los caseríos, y sacaba algún manjar rico que estaba sobre la mesa; esa vez como no pudo sacar nada, con toda su rabia nos tiró la abarca que se estaba secando en el suelo al lado del fogón.

Nos contaba eso con una seriedad impresionante y con una expresión de pureza en su cara, enmarcada en sus grandes ojos celestes, que conmovía. Comentábamos con Koldo y llegábamos a la conclusión, que estaba convencido de lo que decía; eso escuchó él de sus mayores y nunca dudó de ello. Una versión distinta de ese personaje desconocido, llamado “Olentzero”.

El resto del año vivía en su caserío de Legarralde, de los Arrieta, que estaba en los faldeos del Onyi; este monte y el Adarra estaban casi unidos, eran los más voluminosos de ese entorno; quedaban al Este del pueblo, muy cerca de la frontera con Navarra. Era una zona boscosa, moteada de blancos caseríos contruidos en los claros que abrían entre los bosques y muchos de ellos apenas se veían, como es el caso de Legarralde, metido en medio de hayales milenarios y helechos gigantes-cos. Ahí vivían felices nuestros parientes, emulando a sus antepasados vascones.

## El desierto y sus espejismos

Soledades de amplios horizontes... Eso es para nosotros lo que mejor define la inmensidad del desierto y su telón de fondo, la majestuosa Cordillera de los Andes, con sus lagunas multicolores y extensas pampas, envueltas en neblinas de espejismos.

Desierto es ensoñación; invita a entrecerrar los ojos y con los del alma, seguir la línea difusa del horizonte lejano, tratando de encontrar vida en el vuelo tímido de algún pajarillo o en el rasante de algun ave rapaz atrapando alguna lagartija, o en el manso andar de alguna solitaria vicuña,



Laguna y bofedal en la alta cordillera.

que fue expulsada por el “relincho” de su piño y deambula por el desierto rumiando su triste destino; todo eso y mucho más, ven los ojos de los baquianos que conocemos y amamos el desierto; con razón decía Koldo cuando se refería al clan Urdangarin: “Somos hijos del desierto”...

Hay otro paisaje muy parecido a éste; pero que muy pocos conocen, pues está sobre los cuatro mil metros de altura; en él hay también pampas y lagunas que se forman con los deshielos de la nieves de las cimas de los cerros de la cordillera de los Andes; cumbres sobre los seis mil metros de altura y cuyas aguas quedan atrapadas entre los cordones de la alta cordillera; hay hermosas lagunas, donde sacian su sed, vicuñas, guanacos, zorros y pumas, además de una infinidad de aves. Por eso pensamos, que la belleza del desierto y de la alta cordillera, es enigmática al principio, difícil de entenderla, pero cuando se entra en comunión con ella, te atrapa para toda la vida...



Parte del Salar de Atacama, Precordillera.

En nuestras conversaciones de sobremesa y reuniones periódicas, repasábamos todos los acontecimientos vividos en nuestras innumerables expediciones a la cordillera que hacíamos junto a nuestro otro hermano Ernesto; en otras oportunidades, nos acompañaban también nuestros primos: Jaime y Miguel. Muchas veces seguíamos datos de mineros o leyendas. El viaje no era para novatos; además había que ser corajudos para adentrarse doscientos y más kilómetros en dirección a la cordillera, hasta los límites mismos de Chile, en sus fronteras con Bolivia y Argentina. En esos solitarios parajes, no había posibilidad de ayuda alguna; éramos nosotros y la naturaleza, nadie más. Por supuesto que siempre nos acompañaba el Señor. En cada salida nos encomendábamos a El. Fue el mejor copiloto que tuvimos en nuestras andanzas por el desierto y la cordillera.

Con Koldo habíamos decidido visitar a nuestro hermano Ernesto, por lo menos una vez al año; él residía en Calama, junto a su esposa Elvira y sus hijos Maite, Ernesto e Iñaki; es así como todos los años,



Los tres hermanos. Iglesia de Conchi Viejo en la Precordillera.



parte del mes de Enero lo dedicábamos a estar con él y salir a la cordillera que era nuestra pasión. Disfrutábamos visitando todos esos viejos pueblos insertos entre los pliegues de la precordillera, conociendo sus costumbres, su forma de vida y las leyendas que sus habitantes apenas se atrevían a contar; pensarían que estaban traicionando el legado y la tradición de sus antepasados; eran muy respetuosos.

Entre las leyendas que corrían de boca en boca entre los mineros, había una que llenó de ilusiones nuestras mentes de mineros aficionados y andantes viajeros de pampas y cordilleras. Me refiero a la Leyenda del Quimal. Este cerro está ubicado a cien kilómetros al SE de Calama, en medio de una seca y larga pampa; es decir, en la nada misma, era el otero que servía de referencia a las antiguas etnias en su peregrinaje, lo que llamamos el “Camino del Inca”, que partiendo del Perú, llega hasta la parte central de Chile y que, precisamente, parte de él pasa por el Quimal.



El misterioso cerro Quimal y su ñusta tendida.

Decía la leyenda que dicho cerro guardaba en sus entrañas una rica mina de oro, otros decían que de plata. Hubo un sacerdote en San Pedro de Atacama, llamado Emilio Vaisse, conocido literalmente con el seudónimo de Omer Emeth. Era un conocido crítico literario; escribió un cuento relacionado con esta leyenda, que los habitantes de San Pedro seguramente le contarían; lo tituló: “El derrotero del Cenizal”.

Muchos años después, el Padre. Gustavo Le Paige, conocido sacerdote jesuita también de San Pedro de Atacama, como era amigo nuestro, nos contaba sobre dicha leyenda. Con toda esa información y con nuestra sed de aventura, hicimos varios viajes al Quimal, pero no fuimos los afortunados en encontrar tan rica mina. Seguramente será, si es que existe, para algún despistado, que recorriendo esos lugares sin meta fija, vea brillar algo; se agache, recoja la roca y he ahí la fortuna...

Al principio, seguimos el camino trazado por nuestros mayores, que también eran expertos en temas de cerros, pampas y quebradas del gran Desierto de Atacama y lo habían recorrido antes que nosotros; es así como muy pronto, fuimos, como ellos, parte del entorno de todos los recovecos de la cordillera en la Provincia de El Loa; pocos la conocen como nosotros, mejor ninguno. Fueron muchos los años que pasamos recorriendo pampas y quebradas; muchas veces encontramos sendas casi perdidas de aquellos anónimos personajes que ayudaron con su esfuerzo y abnegación a formar historia patria y que trabajaron y vivieron haciendo soberanía en los confines de esta hermosa nación llamada Chile, en sus límites con sus hermanas naciones Bolivia y Argentina.

Fueron cuarenta largos años de recorrido para Ernesto y para mí; unos pocos años menos para Koldo. Todavía a pesar de los años y las canas, hemos sido viajeros vigentes de esas soledades; hollando igual

que antes, muchas pampas y quebradas, no con aquella asiduidad, pero igual seguimos identificándonos con la visión de esos gruesos muros de campamentos mineros abandonados, que habitaron hombres bravos y valientes, horadando el suelo cordillerano en busca de algún filón aurífero y si no tenían suerte, trabajando vetas que le diesen sustento de vida.

Cada vez que dábamos con esos campamentos, parábamos y entrábamos; la mayoría de las veces, los muros, que formaban las diversas piezas, estaban semiderruidos; pero con un poco de imaginación, recomponíamos lo que debieron ser en otros tiempos esas barracas o cabañas que daban calor y cobijo a esos arriesgados mineros.



Los tres hermanos con restos petrificados de un Tecodonte Aetosaurio, que vivió en los alrededores del Quimal.

Sabíamos que estábamos ultrajando su intimidad tan bien guardada durante tantos años, pero lo hacíamos con la mejor de las intenciones, la de recrear, con cariño, sus vidas en esos inhóspitos lugares, donde la altura, el frío y el viento eran compañeros inseparables de todas sus jornadas laborales, igual que ahora; fueron personas dignas de nuestro mayor respeto y admiración.

Mención aparte tienen los trabajos mineros que emprendimos en la cordillera, tanto en minas de cuarzo (sílice) como en yacimientos azufreros; estos últimos con el agravante que se encuentran generalmente en la cima de los cerros que conforman la Cordillera de los Andes; estamos hablando de altitudes sobre los 5.000 mts s.n.m. Había que tener muy buen corazón para poder trabajar en esas alturas



Una de las tantas expediciones en la cordillera.

y recorrer las distintas catas de azufre; eran trabajos a rajo abierto, donde con cada tiro se desmembraban del cerro miles de toneladas de caliche de azufre.

Las principales minas de Azufre en esas latitudes de la Cordillera de los Andes y que se trabajaron intensamente en los primeros años de la década de 1950, son en sentido N-S, Tatio, Putana, Apagado, Saciél y Purico. Este último yacimiento después lo compramos nosotros; primeramente fue de mi suegro, Don Pedro Yutronic V. (Q.E.P.D.), él lo vendió a un español de nombre Bartolomé Soler, con quien trabajaron como jefes, nuestros queridos amigos, José Delmás S. y su hermano Bernardo, emigrantes como nosotros. Soler lo vendió a una empresa alemana, que no se interesó en trabajarla y nosotros se la compramos a principio de la década de 1980.

Desde el año 1955, fecha en que se inicia la decadencia del negocio del azufre, hasta el año 1980, la actividad minera de este metaloide estuvo casi paralizada; es sabido que la explotación del azufre es cíclica. A partir del año 1980, se nota un repunte en la actividad azufrera; es en esa época cuando compramos el yacimiento azufrero de Purico y lo trabajamos con mi hermano Ernesto hasta el año 1990; a partir de esa fecha, se inicia una nueva paralización; recién ahora, quince años después, se notan vientos favorables para una nueva apertura de esa actividad minera.

Llama la atención el impresionante auge que tuvo la explotación del azufre durante los primeros años de la década del 50. San Pedro de Atacama se llenó de empresarios y contratistas, tanto en la explotación de los yacimientos azufreros como en el transporte del caliche de las minas a las distintas plantas elaboradoras de azufre refinado y de éstas a Calama para ser transportado por tren al puerto de Antofagasta y desde ahí, a los distintos países que necesitaban el azufre para sus industrias; uno de ellos era Alemania. También llegaron comerciantes de toda

índole, que abrieron tiendas, bares y salones de diversión; San Pedro era una pequeña California.

Conocimos a varios profesionales que llegaron a San Pedro de Atacama encandilados por las noticias de riqueza de una nueva pero pequeña California durante su auge del oro; lamentablemente, el azufre no tiene del oro más que el color amarillo, y nada más; no obstante eso, se abrieron dos o tres salones de bebidas atendidos por hermosas garzonas. Los días de pago bajaban todos los mineros desde las minas y pasaban dos o tres días bebiendo y disfrutando, hasta dejar planchado el bolsillo izquierdo; una vez que ocurría eso, volvían a subir a la mina a juntar nuevamente dinero y volver hacer lo mismo, era la historia de nunca acabar.



Altar de la iglesia de San Pedro de Atacama, construida en los primeros años de la Colonia. La primitiva en el S. XVI (Francisco de Aguirre), y sus muros actuales en el año 1744.



El mítico cerro Licancabur de los atacameños. 5.916 m.s.n.m.

Entre los personajes pintorescos, llegó un empresario transportista argentino, el che Larroullet; tenía dos camiones y, en forma preferente, hacía los fletes hacia Calama. Era un hombre más bien solitario; todas las tardes iba a la plaza, sacaba su pava y cebaba su mate, mientras fumaba un cigarro que apenas sobresalía entre sus grandes bigotes; me gustaba estar con él, pues era un hombre muy simpático y de mucha mundología; no a todos les agradaba su forma de ser; contaba historias de las múltiples ocupaciones que le tocó hacer en su vida, todas interesantes. Llegó del norte argentino, no sé si de Jujuy o Salta; entre chupada de mate y cigarrillo, me decía: “Che Juancito, tomá una pava”.

Ese auge y esa vida tan agitada cambiaron la monotonía de la existencia de los Sanpedrinos; los nativos del pueblo no estaban de acuerdo con lo que veían, esa no era su forma de vida; ellos preferían



sembrar, en la tierra de sus ayllus, un poco de alfalfa, maíz y otro poco de aquello, y en sus descansos, contemplar al mítico Lincancabur. La vida les enseñó que no hay por qué apurarse, que basta con estar ahí en el momento preciso; lo que para nosotros, es el paso cansino de sus vida, para ellos, esa es la vida; así la conocieron y así querían vivirla; eso les enseñaron sus mayores y quizás no estaban tan equivocados.

Al final, sus ruegos dieron resultado y fue decayendo la actividad azufrera; primeramente, cerraron las plantas y minas más alejadas; me refiero a las que estaban cerca y alrededor de los Geisers del Tatio, a 90 kilómetros al norte de San Pedro y después, les tocó el turno a las dos minas más cercanas y cuyas plantas estaban dentro del entorno de San Pedro: la de Saciél-Vilama, como mina y planta y la de Purico como mina, la planta estaba en las afueras del pueblo. Y San Pedro de Atacama volvió a su vida tranquila y pastoril; las majadas volvieron a cruzar el pueblo con sus balidos...be...be, de siempre...





## Nuestras vidas en Santiago de Chile

Hagamos un pequeño paréntesis y hablemos un poco de la amatxo, Manoli. Emakume vasca de pura raza, guapa y de una entereza a toda prueba, acompañando a sus hijos en las duras y en las maduras, nunca rehusó el trabajo y nos enseñó con su ejemplo el camino recto de la vida. Enviudó muy joven, pudo gastar el dinero en fruslerías u otras cosas, pero no, todo lo que heredó de aita, lo gastó en nuestra educación y no contenta con eso, nos trajo a Chile; aquí vislumbraba ella que nos iría mejor, no se equivocó. Nos acompañó en nuestros trabajos en la cordillera, hasta que nos ubicásemos en este nuevo mundo, desconocido para nosotros. Murió en Santiago de Chile a los 86 años de edad, un 19 de Diciembre de 1985. Cumpliendo su deseo, el año 1989, los tres hermanos fuimos a dejar sus restos a Hernani; quería reposar para siempre junto a su esposo, Cándido Urdangarin y su hija Eliana.

Cuando Koldo se jubiló del ejercicio de la Medicina e instaló una lechería en Noviciado, a una de las primeras personas que conoció, como dije anteriormente, fue a Pedro Oyanguren, que también tenía una parcela en Noviciado; con él hacía el hamaiketako (un bocado a las once horas) los días Sábado. Pedro, además, tenía una maestranza y fue quien le confeccionó los espacios unitarios para las vacas de su lechería.

Oyanguren era y es un miembro activo de la colectividad vasca, ha sido nombrado miembro de la Directiva durante varios períodos, en elecciones anuales, hasta perdió la cuenta de los años que lleva en ella, es el que tiene la continuidad funcional, vale decir, es parte del inven-

tario de Euzko Etxea de Santiago de Chile. Casado con una simpática jovencita, Palmira, que venía con sus padres a Chile, en aquel lejano viaje en barco del año 1961, que yo también lo hacía; ahí la conocí y después de treinta años aproximadamente, la volví a ver; gran alegría en el encuentro, era la señora de Oyanguren. Sus tres encantadoras hijas pertenecen al grupo de dantzaris de Euzko Etxea.

Con Koldo, desde Santiago como base, preparamos varias expediciones, viajando generalmente juntos; las que más nos gustaron e impresionaron, son las que a continuación les relato: el viaje a la Antártica, la semana vasca en Necochea y el último viaje al txoko.



Campo y lechería de Urdangarin en El Noviciado.

## Continente Antártico

El año 1994, nos tocó vivir la odisea del viaje a la Antártica, a mí me gusta más llamar a ese Continente Blanco, Antártida. Creo que fuimos los primeros vascos en hollar tierras del Continente Antártico. Lo hicimos en viajes distintos, pero dentro del mismo año; esto fue posible gracias a que el Comodoro Jaime Urdangarin Romero es nuestro sobrino y estaba autorizado a invitar a dos o tres personas; en ese tiempo, él estaba a cargo de las operaciones de la Armada a la Antártida en la nave Piloto Pardo. Koldo viajó en la primera Campaña Antártica Invernal en el mes de Julio de 1994; yo viajé unos meses antes junto a Jaime, papá del Comodoro, y Eric, tío de él.



Busto de Bernardo O'Higgins en la base antártica del mismo nombre. Juan y los pingüinos.

Fue un viaje novedoso e interesante. La nave parte de Punta Arenas, enfilando enseguida la proa en dirección Sur, muy pronto entra a los canales fueguinos hasta llegar al Canal Beagle; estrecho paso de mar entre territorio argentino y chileno, se ve perfectamente bien de un lado al otro; la ciudad y el puerto de ellos está al lado norte del canal, se llama Ushuaia; y el nuestro, el chileno, al lado sur, se llama Puerto Williams, está a los pies de la isla Navarino; se bordea esta isla y se llega al Cabo de Hornos, el último punto terrestre continental, antes de aventurarse a pasar el tan nombrado y temido Paso de Drake, que separa a los dos océanos más grandes: Pacífico y Atlántico, y así poder llegar a la Antártida.

El motivo del viaje, además de atender a las bases chilenas en el continente helado y a los faros, era encontrar un punto aceptable de tierra al sur de Bahía Margarita, latitud 91° aproximadamente. No es ningún secreto decir que tanto Argentina como Chile, además de Inglaterra y otros países, tienen interés en la Antártica, todos quieren el mayor pedazo posible del continente, a pesar de que saben que Chile tiene el mejor derecho a ello. Es tan así, que distintos países han instalado sus bases en el Continente helado, todos apelan al interés científico; pero sabemos que hay otros intereses, además del científico.

Según retroceden los hielos del continente blanco por el deshielo de sus eternas nieves, van quedando espacios de tierra y rocas libres de la opresión que las mantuvo ocultas durante siglos desde la última glaciación; es en ese momento cuando los países aprovechan esos espacios y fundan sus bases.

El calentamiento de la tierra es evidente; en la Antártica se nota con mucha más precisión, cuando se ve desgajarse del continente blanco y caer estrepitosamente al océano grandes bloques de hielo milenario, tan grandes como países, que son los llamados témpanos ó iceberg, éstos flotan en el ancho y largo mar, deambulando sin destino y haciendo peligrosa la navegación.

En el viaje de ida, el temido Paso de Drake hizo honor a su nombre; de repente, se levantaron olas gigantescas, que venían empu-



Icebergs. Témpanos a la deriva. La parte hundida es siete veces más voluminosa que la que se ve.

jadas por el huracanado viento del Pacífico hacia el Atlántico. Nosotros, en medio del océano y del nombrado Paso, estábamos capeando el temporal como mejor se podía, cuando el Capitán de la nave, Capitán de Fragata, Sr. Arturo Ojeda, comunica por radio que tenemos que regresar, pues un tripulante se enfermó de consideración.

A pesar de que nuestra nave Piloto Pardo, llevaba dos helicópteros, no fue posible sacarlo por ese medio por el fuerte temporal de viento y lluvia, de modo que tuvimos que girar en 180 grados y volver a la rada del Cabo de Hornos; ahí pudo despegar el helicóptero sin mayores problemas; nosotros esperamos a que dejara en Puerto Williams al enfermo y así volver a empezar el cruce del Paso de Drake.

Fue una experiencia de vida que jamás olvidaremos; nuestra nave, Piloto Pardo, se bamboleaba de estribor a babor y las olas barrían la cubierta; la tripulación y la oficialidad seguían como que nada estuviera pasando, impertérritos, ellos sabían que eran remotas las posibilidades



Llanuras nevadas. Heladas hasta el Polo Sur.

de que zozobráramos; después que pasó el temporal y ya en aguas calmas, nos contaban que para ellos era un temporal más, que pasaron muchos como esos y ya estaban acostumbrados.

Al día siguiente, entre brumas, vimos a lo lejos la silueta blanca del Continente Antártico y sus islas. En los días sucesivos, visitamos las Bases Chilenas de: B. O'Higgins, Capitán Arturo Prat y G. González Videla. Como curiosidad, desde la Base O'Higgins al Polo Sur, hay 3.216 kilómetros, de extensos campos cubiertos por una espesa capa de nieve (hielo) de varios centenares de metros de espesor. Dicen que el Continente tiene las mayores reservas de agua de la humanidad. Otras distancias interesantes, todas en kilómetros, desde la Base O'Higgins a: Washington 11.377; Berlín 14.235; Moscú 15.540; Polo Norte 16.788; Tokio 16.872.

Para poder describir mejor el Continente Antártico, permítanme poner en letras mi visión de él, en el siguiente poema:

*“Si has visto la luminosidad de su horizonte infinito.  
Y escuchado la melodía de sus hielos eternos.  
Si has visto témpanos a la deriva, escapando del abrazo  
milenario de los glaciares, buscando su destino en el vasto océano.  
Retén entonces en tus pupilas toda su belleza y recuerda su eco.  
Porque has visto lo sublime y conocido la libertad”.*

El viaje de Koldo a la Antártica en invierno, se sabía que podría tener problemas, como los tuvo, pero era una experiencia que la Armada de Chile quería conocer con mayores detalles, para dejar instalada ya, la idea y la continuidad de la Campaña Antártica Invernal. Efectivamente, quedaron atrapados entre los hielos durante 43 horas, a 5 millas al sur de Isla Decepción; pero con la ayuda del remolcador Lautaro y otras maniobras marineras, pudieron zafarse y regresar sanos y salvos a Punta Arenas.

Al momento de zafarse del abrazo gélido y traicionero de los hielos eternos, Koldo deja constancia de ello en el siguiente párrafo de su viaje, sic: “En esos momentos un espectáculo singular y mágico iluminó nuestro grito bélico, el irrintzi, que con colores rojo y verde, junto al blanco, pintaron en el cielo, la Ikurriña más bella y grandiosa que jamás haya existido. La Aurora Polar, con sus fenómenos luminosos, quiso acompañarnos y ser testigo de nuestro acto testimonial, que los vientos de más de cien nudos, llevaron a todos los rincones del Continente



Base O'Higgins, témpanos y la nave Piloto Pardo.



helado, donde se encuentran los dominios perdidos y las estrellas nunca se apagan. Lo importante es que allá quedó nuestro Irrintzi, cuyo eco guardará para siempre nuestra memoria y la de nuestros ancestros”.

# MERCURIO

Santiago de Chile, Sábado 8 de Agosto de 1964

\$ 2



**HAZAÑA DE NAVES ATRAPADAS POR HIELOS.**— Cuarenta horas permanecieron atrapadas por el hielo, cerca de Isla Desaparecida, en la Antártida, el transporte Piloto Pardo, buque insignia de la flota que interviene en la primera campaña invernal en el continente helado, y el remolcador Lantaro. Explosivos y botes chusos y pícotas emplearon sus tripulantes para abrirse paso. A su regreso a Punta Arenas, la Armada calificó de "hazaña nacional" la salida cumplida. (C 1)

Nave Piloto Pardo, atrapada en los mares helados de la Antártica, con Koldo a bordo.

## **Semana Vasca en Necochea**

Si queremos hablar de Vascos de la Diáspora, tenemos que detenernos un momento y sacarnos la txapela ante el imponente marco vasco que nos brinda Argentina y sus innumerables centros vascos a través de todo su territorio; es algo increíble lo que vimos en Necochea; centenares de jóvenes de ambos sexos convertidos en dantzaris, dando un espectáculo digno de Euskal Herria. A Koldo se le humedecieron los ojos de tanta emoción. Bien por los Vascos que llegaron a la Argentina, y que supieron inculcarles a sus hijos y éstos a los suyos, el espíritu de sus ancestros.

Viajamos con mi señora Marina, Koldo con su hija Drina y también nos acompañaban el matrimonio vasco Garmendia-Olarra, amigos nuestros de Hernani, que aprovecharon el viaje a la Argentina para estar unos días con nosotros en Santiago; también tuvimos tiempo de visitar Isla de Pascua, enclavada allí... en medio del Pacífico.

Llegamos en avión a Buenos Aires, y desde esa gran urbe, tomamos el Bus que nos llevaría a Necochea, que queda a doscientos kilómetros al S. Esta es una extendida ciudad de tamaño medio, de amplias avenidas, con una suave costa atlántica y de hermosas playas y de vida más bien provinciana; eso es lo bueno, se puede gozar de todas las bondades de la naturaleza, vale decir, de la campiña y de sus playas, sin el ajetreo de las grandes ciudades. Allí nos esperaban los Zubillaga; matrimonio del mismo apellido, él de Rentería y ella, Margari, de Hernani, amiga de Koldo de la infancia y hermana de un íntimo amigo, Mikel; como podrán ver, los hernaniarras tomamos por asalto Necochea.



En Isla de Pascua con los Moais de fondo.

Saliendo de Buenos Aires, un letrero caminero indica un desvío para llegar a Chascomús; la imaginación voló y se posó en aquel lejano mes de Enero de 1949, que como les expliqué en otro capítulo, llegamos a pasar unos días a casa de tía Queti en nuestro tránsito a Chile. Recuerdo a un joven que estudiaba medicina y cuyos padres vivían cerca de la tía, de nombre Luís; mientras estuve allí, no me dejó solo y me paseó por toda la rica pampa argentina, excelente amigo; también comimos ricos asados, para mí era novedad, ver todo un costillar de vacuno ensartado en una especie de espada clavada en el piso y el fuego como a un metro de distancia. Me gustó la hospitalidad y la sencillez de los gauchos, ni parecidos a los porteños.

Las semanas vascas son muy conocidas en las Américas, tanto del norte, como la del centro y sur, mucho más en ésta última parte.



Dantzaris en la Semana Vasca de Necochea.

Durante los siete días, hay diversas actividades: culturales, deportivas, gastronómicas, folklóricas etc. y se reúnen vascos de toda nuestra América morena, últimamente vienen también los del txoko. Además de estar y gozar en esas romerías, se aprovecha de conocer gente de otros países; no todos son vascos o descendientes, también hay personas de otras etnias, que simpatizan con nuestra cultura, les gusta nuestra forma de ser y participan en nuestras actividades.

No se pueden expresar en letras todas esas emociones... Es imposible... Pienso que son atributos exclusivos del alma; quizás esas lágrimas de emoción que brotaron de los ojos de Koldo, equivalían a dos o tres páginas escritas y las sonrisas y los aplausos, a otras tantas. ¿Cuáles son los caminos del alma para expresarlas? No lo sabemos, lo importante es ser capaces de sentirlas y tratar de transmitir a los demás, ya dijimos, con una sonrisa, un gesto o quizás una lágrima...

Después de pasar una semana agotadora, pero de una inmensa felicidad, hay que preparar el viaje de regreso y la separación de esos amigos circunstanciales con los que convivimos durante esos días. Toda separación sabemos que conlleva un deje de tristeza, pero sabemos también que así es la realidad y hay que aceptarla. De regreso, hicimos el mismo viaje en Bus hasta Buenos Aires y en el aeropuerto nos separamos de nuestros amigos del txoko. Koldo, su hija, Marina y yo, a Chile y ellos al txoko... ¡qué ganas de cambiar el avión y aterrizar en Euskal Herria! ...

## Ultimo Viaje al Txoko

Lo que fue imposible durante la juventud, fue hasta necesario en la edad adulta; cinco años de diferencia de chaval era una diferencia insalvable; ni un niño de 12 años salía con un joven de 17 y ni uno de 15, con los de 20, era algo impensado, además que así estaba establecido de forma tácita; y sin embargo, en la edad adulta, esa diferencia desaparece, se trata de igual a igual con hombres de 65, 70 o 75 años, hablan de los mismos temas.

Los amigos de la cuadrilla de Koldo ya no estaban en el pueblo, la mayoría de ellos eran profesionales y tuvieron que encontrar puestos de trabajo en otras ciudades, tanto del País Vasco como de España, por lo que, las veces que fuimos al txoko, los amigos de mi cuadrilla fueron sus amigos. Ya los cinco años de diferencia, no eran aquellos infranqueables de la juventud, además teníamos las mismas vivencias, es verdad que a distantes edades, pero eran las mismas.

Koldo me venía diciendo con cierta frecuencia.”Quiero hacer el último viaje al txoko para despedirme como Dios manda, de todas mis querencias”. La idea era que mientras pudiera aguantar el largo viaje, el siguiente fuera siempre el último; así lo hicimos en tres oportunidades, y ya no tuvo ánimo para hacer otro viaje largo y pesado como era ése. Nos pusimos de acuerdo en viajar siempre en distintas estaciones y así poder disfrutar de todas nuestras vivencias de niños. El segundo viaje lo hicimos para recordar las fiestas de nuestro pueblo, Hernani, que son

el 24 de Junio, San Juan Bautista y las de San Fermín, de Pamplona-Iruña, el 7 de Julio.

Llegamos al pueblo con dos días de antelación para acostumbrarnos y estar preparados. La víspera de San Juan empieza todo el ajetreo; temprano, salen los mozos del pueblo a correr la maskuri-dantza, sujetos todos a una sogá larga con una mano y en la otra la vejiga seca e inflada de una res, golpeando a quien se le cruce en el camino; se recorre todo el pueblo y al final se llega a la plaza, se deja la sogá y las maskuris en el suelo y al son de una antigua melodía se baila alrededor de ella, pasando de un lado al otro de la sogá; alguien del grupo me dijo que se recordaba con eso la astucia del zorro. Después vienen las otras actividades: tamborradas, bailes, juegos etc., etc. Son cuatro o cinco días de una actividad incesante.



En San Fermines: Koldo, Jaime y Juan con los primos Aguirrezabal-Urdangarin.

Aprovechando la virada, a los pocos días, pasamos a las fiestas de Pamplona-Iruñea, el 7 de Julio, San Fermín. En la capital de Navarra tenemos los primos Aguirrezabal Urdangarin; con ellos disfrutamos de estas alegres fiestas. Todos conocen el colorido de estas celebraciones, por lo tanto, no me voy a explayar en ellas. Nuestras estadías en el txoko nunca pasaban de 25 a 30 días; considerábamos suficientes para recorrer y recordar los lugares que nos traían reminiscencias de la niñez. Todos nuestros seres queridos ya habían muerto; por lo tanto, era tiempo de volver al núcleo familiar que estaba en Chile.

Por suerte, mantuve a través de los años una buena relación epistolar tanto con los amigos de la cuadrilla como con los amigos del colegio, además de algunos viajes que hice al txoko en todo ese tiempo, y eso, en la edad madura, da sus frutos, pues no se rompió ese hilo maravilloso de la amistad y al llegar nuevamente al pueblo, se pasan días estupendos junto a ellos; bien sea en una comida, o en un paseo, en fin, en mil pequeñas detalles, que es donde encontramos el sabor y sentido a la vida.

Además de nuestro primo hermano, Joaquín Garmendia Abalabide, vivían, en Hernani, los amigos de la cuadrilla: Juan Bta. Garmendia; Mikel Zubillaga; Manuel Ortega; Antxon Liceaga e Imanol Larretxea. Dentro de los amigos de las cuadrillas, que son numerosos, siempre hay pequeños grupos que se juntan más entre ellos –además de hacerlo también con el resto– porque tienen los mismos gustos y apetencias o porque sus señoras son amigas; es el caso de estos cinco amigos nombrados y sus esposas: Juani, Lutxi, Charo, Maritxi y Pili.

En uno de los viajes que hicimos, nuestro amigo Juan Bautista Garmendia nos tenía una kupela (barrica) de sidra en su caserío de Errota Berri, esperando nuestra llegada para abrirla. Nos fueron a buscar





La cuadrilla en el caserío Errota Berri, en la apertura de la kupela de sidra.

con Mikel a Hondarribia; en esa oportunidad, viajábamos, Koldo, Jaime y yo y desde el aeropuerto fuimos directamente al caserío, ahí nos aguardaban el resto de la cuadrilla con sus esposas.

El ceremonial de abrir una kupela es uno de los actos que más se resaltan en la temporada de la apertura de las sidrerías, con sus tortillas de bacalao o de perretxikos (setas), en un hameiketako digno de los dioses. Cuando nosotros la abrimos no eran las once del día, eran las cinco de la tarde, de modo que nos tocó la merienda; la cosa era disfrutar del compañerismo, además de comer y saborear la sidra; nos pusimos todos en la cola con nuestro respectivo vaso en la mano. El dueño de casa sacó el tapón delgado de la kupela y salió un chorro fino y largo, cada uno a su turno ponía el vaso, que se llenaba rápidamente con el continuo chorro de sidra; calculo que saldría como a metro y medio de

distancia y entre risas y palmoteos se daba la opinión de la calidad de la sidra, si tenía la acidez suficiente, sin pasarse, o si todavía le faltaba unos días para que tomara más cuerpo, en fin, cada uno opinaba lo suyo; estos detalles tan simples son los que dan sabor a la vida.

Comienzo más apoteósico no podía haber, el txoko nos recibió y nos reconoció como verdaderos hijos de Euskal Herria; lo que siguió a ese día fue también digno de contarlo. Viajes por el Goierri vasco (interior del país, campo), en todos ellos, con paradas para el hameiketako, en donde sonara las once; la comida la hacíamos en pueblos que nuestros amigos ya conocían de antemano y sabían que se comía bien; también parábamos en determinados lugares, desde donde se observaba el hermoso paisaje vasco: pequeños bosques, floridos campos y sembradíos, entremezclados con caseríos de blancos muros y tejas rojas; de repente, se veía a un baserritarra con su pareja de bueyes arando los campos u otros segando hierba en prados inclinados, era la janaya (comida) para las vacas; eran todas escenas que nosotros conocíamos desde la niñez, y que ahora al verlas de nuevo nos emocionábamos y queríamos retener esas imágenes en nuestras retinas, para después en los momentos de soledad y con los ojos del alma, volverlas a ver.

Cuando viajábamos a la costa, empezando por Orio, Zarautz, Getaria, Zumaia, etc. una de las veces al llegar a Bermeo, nos encontramos con un barco que recién estaba entrando al puerto con sardinas saltarinas. A petición nuestra nos quedamos allí, en uno de los tantos bares que hay en el muelle y pudimos saborearlas con un fresco txakoli. Por estos lados de la América del Sur, curiosamente no se acostumbra comer sardinas. Pero al atardecer siempre cenábamos en Getaria, en un restaurante que queda a la izquierda subiendo la cuesta desde el puerto, un poco antes de llegar al casco del pueblo; tiene una vista espectacular, que abarca todo el entorno del mar, el puerto y los barcos pesqueros,

pero sobre todo, preparan unos besugos riquísimos, que con un frío txakoli, es un bocado delicioso.

El otro viaje infaltable era a Iparralde, la parte Norte del País Vasco, hoy en día ocupada por Francia. En ese país, hay tres provincias claramente vascas: Laburdi, Benabarre y Zuberoa; son vascas por donde se las mire, es la continuidad natural de Gipuzkoa y Navarra hacia el norte, por mar o atravesando los Pirineos por los pasos conocidos;



La cuadrilla en gira por la costa de Zumaia. De pie: Koldo, Imanol, Pili, Ortega, Charo, Lutxi, Maritxu y Juanba. Abajo: Juan, Mikel, Jaime, Antxon y Juani.

hablan el vasco y tienen los mismos paisajes con sus caseríos, bosques y campos; no hay duda alguna, es Euskal Herria.

El resto de los días, los pasábamos yendo a Donostia, sobre todo a la Parte Vieja, el Puerto y la playa de la Concha; los recorriamos una y otra vez. También dejábamos otros días para visitar las capitales de las otras Provincias Vascas: Bilbo, Gasteiz e Iruñea. Eran visitas rápidas, pero bastaba para rellenar nuestras retinas de sus paisajes y respirar sus aromas... ¡A qué otra cosa pueden aspirar los vascos de la Diáspora! ...

Y llegaba en forma inexorable el día del regreso, con sus penas y alegrías y la consabida comida y cena de la víspera, con un adiós que no sabemos si será el último, como nos pasó en el segundo y tercer viaje; en el segundo viaje ya no pudimos ver a nuestro amigo Mikel (q.e.p.d.), había fallecido hacía poco, y en el tercer viaje, pasó lo mismo con el amigo Imanol (q.e.p.d.). Así es la vida hay que aceptarla tal como viene.

Llegando a Chile, había que tomar el ritmo de las actividades propias de cada uno, aunque en esta etapa de nuestras vidas, no son muchas. Koldo a contar sus vacas y sus litros de leche y yo con mis actividades mineras; es lo mejor que nos puede pasar, para tener ocupada la mente en algo.

Pasaron los días y como tenía algunas molestias en la próstata, le conté a Koldo el problema; yo te acompaño, me dijo, tengo un amigo especialista en esa patología; pedimos hora y nos atendió en forma inmediata. Todos saben lo que significa el tacto manual para poder detectar el tamaño; recuerdo que me dijo: Juan, tienes una próstata de Obispo! Estábamos conversando y esperando la receta para los exámenes de rigor, cuando dirigiéndose a Koldo, le dice: Oye, Luís, ya que estás aquí ¿por qué no te examino? La primera reacción de él fue decir, sólo

vine acompañar a mi hermano; pero después de una breve charla, aceptó, también la encontró grande, por lo tanto los dos fuimos a hacernos el Antígeno Prostático.

A los días, pasamos a recoger los exámenes. Y ¡Oh sorpresa! El mío estaba dentro de los parámetros normales y el de él estaba anormal. A los dos nos dieron día y hora para operarnos vía uretral. En cuanto se recuperó tuvo que ir a hacerse nuevos exámenes y al final decidieron operarle con cirugía abierta. Ahí se dieron cuenta que el cáncer se había extendido; aguantó estoicamente una operación al colon y después varias quimioterapias; tenía la intención de ganarle la partida al mal, pero no pudo ser; como médico sabía las etapas del cáncer. Un buen día me dijo. “Juan, estoy perdiendo masa muscular”; ya no había nada que hacer.

El día anterior al fallecimiento y como todos los días, estuve con él hasta las 19,00 hrs.; al irme quedó con su hija Drina y con la enfermera; lo noté un poco triste y más callado que otras veces, había perdido interés en las noticias mundiales y de política contingente, no me preguntó como otras veces lo hacía... ¡Qué hay de nuevo en el mundo, que se cuenta en la política! Lo encontré desganado, no habló casi nada. Al irme me apretó la mano más fuerte que otra vez, pero no intuí el final. Al día siguiente, temprano, me llamó su hija Drina y llorando me dio la noticia... Tío, Aita acaba de morir. Luís Hipólito Urdangarin Abalabide Balanzategi Arrieta –Koldobika–, dejó de existir a las siete de la mañana de ese Martes 13 de Diciembre del 2005.

Llegó el día señalado para esparcir sus cenizas donde él nos había pedido... Allá arriba, en la Cordillera de los Andes, en Ascotán; en ese lugar había una roca a la vera del camino, recostada en el faldeo del cerro del mismo nombre, con la siguiente leyenda, sic: F.C.A.B. Altura de la

Vía Férrea 3.966. Metros, XI-27-23. Ascotán era una estación más del ferrocarril de Antofagasta (Chile) a Bolivia, donde aita trabajó un tiempo embarcando llareta<sup>5</sup>, para la ciudad de Calama y Chuquicamata y que se extraía de los cerros circundantes; ahí vivió Koldo de pequeño y siempre recordó aquella vieja fotografía con la amatxo sentada en el ángulo superior de la roca, su leyenda y la soledad en sus amplios horizontes cordilleranos. Esa imagen quedó grabada para siempre en su alma.

Ahí nos pidió Koldo que esparciéramos sus cenizas; parte quedó en aquella roca con la leyenda que tan bien recordaba él y otra parte la llevó el viento cordillerano hasta las altas cumbres de los cerros: Peineta, Ararar, Jardín, y Ascotán, que rodean por el Este al hermoso Salar de Ascotán, y entre nubes las divisamos tomando la forma de águila, que después de revolotear sobre sus cimas, planeó suavemente hasta posarse en su regazo y así poder cumplir a cabalidad la promesa hecha a su “Amalur de sangre” y a la “Pachamama de vida”: Tú me diste todo, madre tierra, ahora yo me doy a ti.

Me voy en paz.

Santiago, Enero del 2007

---

<sup>5</sup> Hongo resinoso combustible.



La Amatxo y la nombrada y recordada roca con su leyenda en Ascotan.